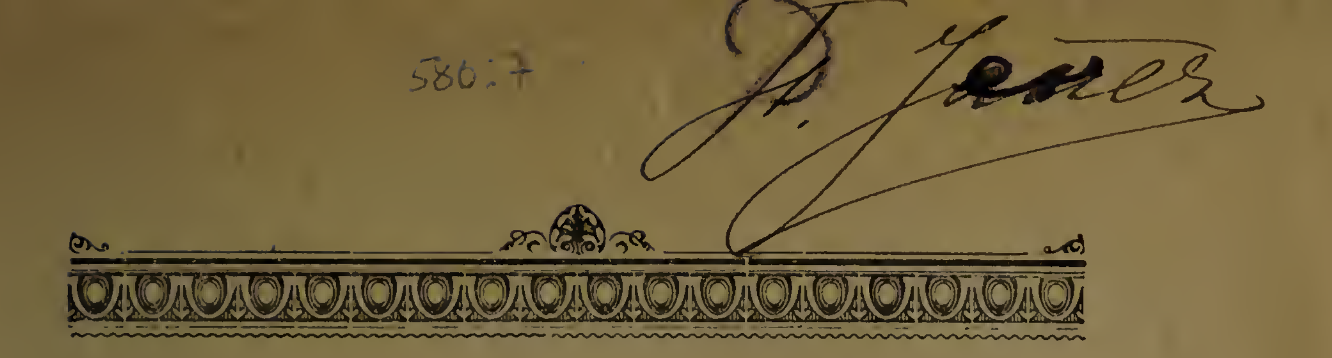
Como las hojas...

Comedia en cuatro actos y en prosa escrita en italiano por

José Giacosa

traducción española de

Luis París



D. JEREZ

ACTO PRIMERO

Gran salón, muy lujoso, que comunica por una arcada con un comedor elegantísimo tapizado de cuero oscuro, con grandes florones dorados y adornos y mobiliario de roble tallado. El techo del salón es artesonado con molduras de oro y sus muros están cubiertos de magníficos tapices. La gran mesa del comedor está atestada de sacos de viaje, porta mantas, bastoneras, sombrereras, etcétera; todo de una elegancia exquisita. El mobiliario del salón es inglés, modernista y delicadísimo. En el desorden se advertirá que los dueños de la casa se ausentan A la derecha dos puertas; la primera conduce á la habitación de Juan; la segunda á la de Tommy. A la izquierda, en quinto término, la puerta de ingreso al salón, y en primer término la de la habitación de Julia. El comedor solo tiene una puerta en un ángulo.

ESCENA PRIMERA

IRENE, LUCÍA y tres Mozos de faena

Al levantarse el telón, los tres Mozos, cargados de bultos y maletas, vienen del comedor, atraviesan la escena y salen. Lucía, en el comedor, yendo y viniendo con ropas que coloca sobre la mesa. Irene en el salón, en pie junto á la consola, apunta en un papel el número de equipajes. De cuando en cuando suena el prolongado repiqueteo rabioso é impaciente de un timbre eléctrico

IRENE (A los Mozos.) ¿Cuántos van?
UN MOZO Seis abajo... y aquí tres, nueve. (Salen.)
IRENE ¡Lucía!...

LUCÍA Señorita.

IRENE ¿Cuántos baules quedan?

LUCÍA Tres de la señora y dos del señorito.

IRENE ¿Están ya?

LUCÍA Los de la señora, sí; acabo de cerrar el último... Los del señorito, no lo sé.

IRENE Cuando venga mi tía, habrá que llamar en seguida á papá.

LUCÍA Sí, señorita.

IRENE ¿Dónde está?

LUCÍA No lo sé. Toda la mañana se la lleva dando vueltas por la casa. Va y viene; no se puede estar quieto. Hace una hora, cuando entré en su cuarto, estaba delante del balcón redoblando con los dedos sobre los cristales. Después bajó á la cocina y volvió á subir por aquí. ¿No le ha visto usted todavía?

IRENE Sí. Cuando me levanté fuí en seguida á darle los buenos días.

LUCÍA A las cinco ya había cerrado sus baules que ayudó á bajar al pobre Andrés... Quise hacerlo yo, pero me apartó diciéndome: «Déjame, déjame, así me entretengo.» (Pausa; después con lágrimas en la voz.) ¡Ay, señorita! ¡Y pensar que dentro de una hora!...

IRENE ¡Calla... calla! (Vuelve á sonar el timbre con insistencia.) ¿Pero quién llama así?

LUCÍA Debe de ser el señorito.

ESCENA II

DICHAS y TOMÁS

TOM. (Desde el dintel de su habitación. Viste calzón corto «Knickerbockers» y medias de lana de alpinista. Está en mangas de camisa.) ¡Gaspar! (Llamando.) ¿Dónde está Gaspar?

LUCÍA En el patio, cuidando de los carros.

TOM. Hace media hora que le estoy llamando. Dile que venga á acabar de vestirme.

IRENE Le ha dicho papá que se esté allí. ¿No puedes vestirte solo?

TOM. Sí... con estas prisas... á estas horas...

IRENE Son las nueve y media. Yo, me he vestido sola á las seis.

TOM. Que sea enhorabuena.

JULIA (Desde dentro.) ¡Lucía!

LUCÍA Mande usted. (Entra en la habitación de Julia.)

IRENE ¿Has guardado ya tu ropa?

TOM. Sí; ejemplo de virtud. El baul grande está ya listo. Gaspar estaba acabando el pequeño cuando le han llamado. He probado á cerrarlo, pero no puedo. No entra el *tub*.

IRENE Déjalo, pues.

TOM. Eso es; ¡y voy á estar sin lavarme en Suiza! No, hijita; pobres, pero limpios. (Trata inútilmente de anudarse la corbata.)

IRENE Déjame. (Le hace el lazo.) ¡Oh! ¡Tommy! De ahora en adelante hé aquí á tu criado y á tu doncella.

TOM Dí la verdad. ¿Todo esto te divierte?

IRENE No, pero no me muero de pena.

TOM. Y tienes razón. Estas son las resoluciones heróicas del primer momento... Verás, se prueba... pero después... cuando estemos fuera... (Lucía sale de la habitación de Julia dirigiéndose al interior.)

IRENE (A Lucía.) ¿Bajas?

LUCÍA Sí, señorita. Voy á llevar estas cartas de la señora.

IRENE ¿Al correo?

LUCÍA No; en propia mano.

IRENE ¿Ahora mismo?

LUCÍA Me ha dicho que tome un coche.

IRENE Vete, vete. (Lucía sale.)

TOM. (Dando á Irene una moneda.) Toma... para tí.

IRENE ¿Qué es esto? Una moneda de oro...

TOM. Te doy la propina. Te la regalo.

IRENE ¿Y tú? (Tomás tose con aire de gran señor, dando á entender que tiene más.) Gracias, pues; anda hombre á vestirte pronto. (Medio mutis de Tommy.) ¡Oye!..., y después ven, charlaremos un poco.

TOM. Tengo que arreglar las mantas.

IRENE Tráelas y te ayudaré. ¿Quieres?

TOM. Ya lo creo. (Sale. Entran los Mozos de faena.)

IRENE (A los Mozos.) Por aquí. (Dirigiéndose al cuarto de Julia en cuya puerta llama.)

JULIA (Dentro.) ¿Quién es?

IRENE ¿Pueden entrar los mozos por los baules?

JULIA (Dentro.) Adelante. Adelante. (Los Mozos entran.)

ESCENA III

DICHA y ANDRÉS sin librea. Entra por el comedor con un llavero en la mano

AND. Estas son las llaves de nuestras habitaciones y de la cocina.

IRENE ¿Habéis visto bien todo? ¿No se queda nada dentro?

AND. Nada, señorita. Yo mismo lo he arreglado todo.

IRENE Muy bien. Las llaves, póngalas usted en el aparador grande del comedor. En el cajón de la derecha, allí verá usted las demás. ¿Llevan la tarjetita escrita?

AND. Sí, señorita. Todo está en regla.

IRENE Muy bien.

AND. ¿Me mánda usted algo más?

IRENE No, no. Gracias. (Los Mozos atraviesan la escena con baules.)

ESCENA IV

IRENE y TOMÁS

TOM. (Lleva en las manos un «plaíd», un porta-mantas y un sobretodo claro.) ¡Ala! (Va tirándolo todo sobre el sofá.) Espera. (Vuelve á entrar en su cuarto.)

IRENE No traigas muchas cosas, ¿eh?

TOM. (Dentro.) Todo lo necesario. (Vuelve á salir con otro envoltorio y con dos raquetas de «Lawn tennis».) Esto es todo. ¿Qué querías?

IRENE Nada; necesito estar un momento con alguien que me entienda. Ante papá debo manifestar una alegría que no siento. Mamá...

¡no es nuestra madre! Estoy aquí hace tres horas dando disposiciones que me parecen fúnebres. Me figuro que estamos enterrando nuestra propia casa. ¿Y después? ¿Y después!..

TOM. ¿Pero cómo te abates tanto?

IRENE ¡Oh! ¿Abatirme? No. Entristecerme, sí; mucho. He salido de mi cuarto para no volver á entrar jamás. He cerrado las ventanas, he tapado las junturas de las puertas, todo. Estaba tan obscuro que no sabía salir, y al cerrar la puerta... sentí miedo. Me parecía verme muerta sobre la cama... Lo que había muerto era toda mi juventud; ¡la flor de mi vida!

TOM. (Encendiendo un cigarrillo.) Pobre Nena..

IRENE Entrarán otros; serán de otros... las paredes, los muebles, las tapicerías... ¿Sabes lo que he escrito en el vano de la ventana? He escrito: «Quien quiera que tú seas, el que ocupe esta habitación, maldito seas. La Nena.»

TOM. No habrá quien compre la casa.

IRENE ¿Cómo? ¿Crees? (Abriendo el porta-mantas y extendiéndolo sobre la mesa.)

TOM. (Riendo.) No, no. Vive tranquila. No quisiera yo entrar en una habitación embrujada por tí. ¡Pobre Nena! ¡Tan joven y ya tan vengativa! ¡No se debe amar tanto á las cosas terrenas!

IRENE ¡Oh! No me espanta la pobreza. Ya se lo he dicho á papá. (Plegando las mantas.)

TOM. Pero..

IRENE Daré lecciones de inglés. En Ginebra será fácil encontrar discípulos.

TOM. No, no, así no; las mangas dobladas hacia adentro... Así. Y yo... yo daré lecciones de «Tennis...» Ahora eso encima.

IRENE ¿Así?

TOM. Sí. ¡Ay de tí si me lo arrugas! Es un modelo de Londres... Y mamá pintará á la aguada el lago y el castillo de Chillón. Venta segura.

IRENE Ayer hizo provisión de colores.

TOM. ¡Qué lástima de pinturas!

IRENE Esta mañana vino el del almacén á cobrar.

TOM. ¿No había pagado?

IRENE No. Y como supieron que nos marchábamos... — todos lo saben... — venía con un gesto...

TOM. ¿Y mamá?

IRENE Estaba en su cuarto. Tuve que llamarla y me contestó desde dentro que enviaría el dinero antes de marcharnos. El otro estaba rabiando y tuve que pagar yo ochenta pesetas.

TOM. ¿Tú?

IRENE Y otras ochenta al guantero y sesenta al perfumista. Apenas me queda dinero... aparte de tu monedita de oro. Si vienen más habrá que avisar á papá.

TOM. Sí; has hecho bien, porque papá debe de estar muy mal de cuartos en estos momentos.

IRENE Nos ha recomendado tanto que le dijéramos á tiempo todo lo que se debía... que no quería dejar trampas...

TOM. Las pequeñas se deben pagar en seguida.

IRENE Las pequeñas... y las grandes.

TOM. También. Es claro. Quiero decir que las pequeñas son más chillonas.

IRENE ¡Esa gente me miraba con una desconfianza!... Miraban los muebles, este lujo, con un aire casi burlón... No cree nadie en la ruina, ¿sabes?

TOM. No, ¿eh?

IRENE (Cogiendo el estuche de las raquetas.) ¿Te las llevas?

TOM. Sí.

IRENE ¿Para qué?

TOM. ¿Pero no sabes que Ginebra es el campo de mis glorias? Soy socio honorario del «Helvetic-Club». Allí gané el premio internacional del Tennis hace dos años.

IRENE Otros tiempos... (Colocando el estuche en el envoltorio.)

TOM. ¿Qué ha cambiado? Somos menos ricos... ¿y qué?

IRENE ¿Con que tú tampoco crees que estamos arruinados?

TOM. Hay que ponerse de acuerdo antes para...

IRENE El almacenista de colores dijo que los millones tienen goma... que quien los maneja

se queda siempre con algo entre los dedos. Y ya ves, lo decía para ofendernos.

TOM. ¿Para ofendernos?

IRENE ¿Entonces toda esta pobreza es fingida?

TOM. Vaya, tú te figuras ya la miseria negra, la bohardilla, el jergón y las señoras de la Beneficencia visitándonos en «toilette» de caridad para traernos mantas y tazas de caldo. .

IRENE Ayer Lucía suplicaba á papá que se la llevase con nosotros... que iría sin salario, y papá dándole las gracias con lágrimas en los ojos, que he visto yo, la respondió que sus medios no le permitían conservarla á nuestro servicio.

TOM. Sí... hay cosas...

IRENE ¿Y también eso es mentira?

TOM. ¿Qué quieres que yo te diga? No se debe comparar el sentido de la vida que tenemos nosotros, tú y yo, criaturas delicadas venidas al mundo en la contemplación de la belleza, con el de un hombre que durante cuarenta años no ha hecho más que trabajar desde por la mañana hasta por la noche. Nuestros sentimientos tienen la elevación de las cosas inútiles. Nosotros representamos una humanidad superior. La realidad de los hechos no depende de tí ni de mí.

IRENE Pero tú estás dispuesto á aceptar sus beneficios...

TOM. Tomo lo que encuentro.

IRENE Me haréis desear la miseria...

TOM. Hay gustos... Además, te juro que no sé nada de lo que ocurre.

IRENE Pues no pienses mal.

TOM. ¿Quieres que no piense mal? Hecho. Ya no pienso mal.

IRENE No se puede hablar en serio contigo. Ayúdame á correr las hebillas.

TOM. ¡Pobre Lucía! Conque venía sin salario, ¿eh?

IRENE Es la única que me atrevo á tutear todavía. Los otros criados me dicen indirectas como todo el mundo.

TOM. ¡Oh! A mí no. Gaspar entró esta mañana en mi cuarto vestido con un «tout de même» á cuadros, de mi deshecho del año pasado... y con botas de cuero... ¿Le has visto?

IRENE No me he fijado.

TOM. Tan afeitado y tan correcto parecía un «gentleman.» Tiene mejor tipo que nuestro primo Máximo, de sobrenombre «el Salvador».

IRENE Para eso no hace falta mucho.

TOM. Pensar que en Ginebra le tendremos siempre encima...

IRENE Peor para él.

TOM. ¿Te acuerdas qué facha... con aquellos zapatones?

IRENE ¿Y el chaleco?

TOM. ¡Bah! Es un despreocupado.

IRENE Un atrevido.

TOM. Emprendedor.

IRENE Vanidoso.

TOM. Querrá casarse contigo.

IRENE Pues le mandaré á paseo.

TOM. ¡Atreverse á ofrecerle á su tío un sueldo de doscientas cincuenta pesetas al mes!...

IRENE No comprendo cómo papá lo ha aceptado.

TOM. ¡Oh! pero tendrá que vérselas conmigo.

IRENE Fortuna que estás tú aquí. Lo veía todo negro... y me has devuelto la tranquilidad.

TOM. Déjame; déjame á mí y ya verás. (Entra Gaspar vestido como se ha descrito en el diálogo.)

IRENE Aquí está Gaspar.

TOM. Gracias á Dios que se le ve.

GAS. Estaba en el patio.

TOM. (A Irene.) Mira y dime si no parece un señorito.

GAS. ¿Tiene el señor algo que mandarme?

TOM. Si no me engaño, faltaba embalar el *tub*...

GAS. Voy en seguida.

TOM. Si me hace el favor... (Gaspar entra en la habitación de Tomás y éste le sigue.)

IRENE Tommy... bien te arreglas... pero no te has atrevido á tutearle.

TOM. Temía que me tutease él á mí. (Sale.)

ESCENA V

IRENE, ANDRÉS; después MADAME LABLANCHE, con una aprendiza y después JULIA

AND. Señorita, ahí está Madame Lablanche, la modista.

IRENE ¿La modista?... ¿Y qué desea?

AND. Preguntaba por la señora; viene con la aprendiza, que trae una caja grande.

IRENE ¿Pero no le ha dicho usted que...?

AND. Sí se lo he dicho, pero insiste.

IRENE Vaya á ver si el señor está en su cuarto y...

AND. No está. Le he visto ahora abajo hablando con el jardinero. ¿Le llamo?

IRENE No. ¿Dónde dice usted que estaba?

AND. Entraban en la estufa.

IRENE Dígale á la modista que pase. (*Andrés obedece. Entra Madame Lablanche seguida de una aprendiza, que coloca una gran caja sobre una silla al fondo.*) Avise usted á la señora. (*Andrés pasa al cuarto de Julia y luego vuelve á salir y se va de escena.*)

MAD. Buenos días, señorita Irene.

IRENE Buenos días. Mamá vendrá en seguida. (*Pasa al comedor. Pequeña pausa.*)

JULIA (*En elegantísimo traje de viaje.*) Me encuentra usted con un pie en el estribo, Madame. Nos vamos en seguida.

MAD. Me lo dijo ayer la señora de Altovini... Por eso me dí prisa para acabar su vestido de usted, y las chicas han estado velando toda la noche.

JULIA Muchas gracias, pero no corría prisa... iba á escribirle á usted dos letras... Un luto inesperado...

MAD. ¡Cuánto lo siento!

JULIA Y quería rogarla que si pudiese usted colocar el vestido...

MAD. Si la señora me lo hubiese dicho hace dos ó tres días...

JULIA Tiene usted razón, pero si buscara usted el medio... porque lo que es ahora, no tengo

ni donde meterlo. Están cerrados los equipajes, y, además, no lo esperaba tan pronto.

MAD. Ya; pero como mañana no la habría encontrado á usted...

JULIA Sí, sí. Bueno, pues envíemelo usted la semana que viene.

MAD. Como usted quiera. Niña, ya puedes marcharte. (La aprendiza se levanta y sale.) Oye, llévate la caja. (Vuelve la aprendiza, recoge la caja y sale.)

JULIA Ya le mandaré las señas.

MAD. ¿Y qué hacemos de la cuentecita aquella?

JULIA Envíemela usted con el vestido.

MAD. Lo siento mucho, pero no puedo esperar... (Irene sale resueltamente por el comedor.)

JULIA Ahora...

MAD. No es una gran cantidad... Mil trescientas pesetas.

JULIA ¡En el momento de marcharme!... Eso no está bien. Después de todo, no hace más que tres meses que... y nunca le he dejado ni un céntimo á deber.

MAD. Es verdad, pero no puedo aguardar. Además, usted sabe muy bien que no se marcha á un viaje... de placer. Su marido de usted ha obtenido un plazo del concurso de acreedores, y si yo lo hubiera sabido antes... pero tengo familia y vivo sólo de mi trabajo. ¿Quiere usted que me dirija á su marido?

JULIA No, no, no.

MAD. Vamos, un poco de vergüenza pronto se pasa.

JULIA No, no. (Se dirige á su cuarto, vacila, y después va hacia la puerta del cuarto de Tomás.) Tommy, ¿se puede entrar?

TOM. (Dentro.) Un momento, salgo en seguida.

JULIA (A Madame Lablanche.) Dejémoslo en mil y se queda usted con el vestido.

MAD. Entonces, mil ciento.

JULIA ¿Cien pesetas por eso?

MAD. Ya rebajo bastante.

JULIA Doy mil pesetas, ni un céntimo más.

ESCENA VI

DICHOS y TOMÁS. Al entrar Tomás, Julia le lleva á un lado para hablarle reservadamente

JULIA Dame quinientas pesetas. (Movimento de Tomás.) Sé que las tienes. Son para pagar una cuenta que he olvidado darle á tu padre, y si se lo dijera ahora, habría un disgusto. Son mil... tengo quinientas, pero me faltan las otras quinientas.

TOM. ¿No tienes más?

JULIA Y gracias.

TOM. (Incrédulo y burlón.) ¡Mamá!...

JULIA Vamos, no me apures.

TOM. ¿Te apuestas á que tienes guardadito un buen puñado de billetes?

JULIA No; ¡como hay Dios! Vamos, sé bueno conmigo. Dámelas.

TOM. Vengan tus quinientas.

JULIA Gracias. Voy por ellas. (Entra corriendo en su cuarto.)

TOM. (Refunfuñando entre dientes.) ¡Me pilló! (Enciende un cigarrillo y dirigiéndose á Madame Lablanche.) ¿Es usted quien viste á la Riquetti?

MAD. ¿A la tiple? Sí, señor.

TOM. Que sea enhorabuena. Anoche llevaba un traje floreal que era una idealidad.

MAD. ¿De seda malva?

TOM. El mismo.

MAD. Es una mujer divina.

TOM. Cuarenta centímetros de cintura.

MAD. ¡Oh! ¿Usted la ayuda á vestirse?

TOM. ¿Yo? Al contrario.

JULIA (Vuelve á entrar, un tanto turbada, con un billete de mil pesetas que quisiera ocultar á la vista de Tomás.) Aquí está.

TOM. Bueno, pues dame la vuelta; yo no tengo más que billetes de mil.

JULIA (Contrariada.) ¿No?

TOM. No. Y como no me fío de tí, dame la vuelta y te lo daré en seguida.

JULIA — El caso es... que no puedo...

TOM. — (Riendo.) ¡Ah! ¿Tú también? ¡Trapacera! ¿Conque tienes billetes de mil? ¿Y para qué me pides? Pues paga, paga...

JULIA — ¡Tommy! (Suplicante.) ¡No tengo más!

TOM. — Bueno. Paga, y en cuanto cambie, te daré las quinientas.

JULIA — ¿Palabra?

TOM. — Palabra.

JULIA — (A Madame Lablanche.) Tenga usted.

MAD. — (Guardándose el billete.) Gracias. ¿En dónde firmo el recibo?

JULIA — (Mirando alrededor.) ¡No sé!

TOM. — Ahí, sobre la consola. (Madame Lablanche firma en la factura que entrega á Julia.)

ESCENA VII

DICHOS y JUAN por el foro

JUAN — (A Madame Lablanche.) Dispénseme usted si la he hecho esperar. ¿Trae usted una factura para mí?

MAD. — Ahora mismo acabo de firmar el recibí.

JUAN — Perfectamente.

MAD. — Buen viaje, señora... Caballero...

JULIA — Hasta la vista.

MAD. — Queden ustedes con Dios. (Mutis.)

JUAN — (A Julia.) Ayer me pediste ochenta pesetas para comprar colores. Te supliqué que no hicieras gastos porque tengo el dinero justo... pero insististe tanto, jurándome que no tenías ni un centimo, que te lo dí...

TOM. — (¡Anda, anda!)

JUAN — ¿Cómo has podido pagar? ¿Cuánto es esa factura?

JULIA — Poco.

JUAN — Enseñámela.

JULIA — He rogado á Tommy que me ayudase... no quería molestarte... para una pequeñez.

JUAN — ¿A ver? ¿Enséñamela? (Coge la factura y la lee; dirigiéndose á Tomás.) ¿Y tú has pagado mil pesetas?

TOM. La mitad, sólo la mitad.

JUAN ¿Tú también estás rico?

TOM. ¿He hecho mal en pagar?

JUAN Has hecho muy bien. El dinero que tiene mi mujer, se lo he dado yo. Es el fruto de mis economías en la casa; me apena, me humilla regatear sus gastos, pero al fin y al cabo, á la casa pertenece; en cambio tú no lo has recibido de mí. Ese dinero es tuyo. Hace ya tiempo que estoy viendo venir la quiebra y la ruina, y desde entonces, desde que tu vida ociosa y frívola me disgusta y me contraría, no te he dado un céntimo... así, pues, ese dinero es tuyo y te lo devuelvo... ten. (Sacando la cartera.)

TOM. ¡Papá!

JUAN Quiero que lo tomes; (Pone un billete sobre la mesa) guárdalo... ¡Quien sabe si algún día!...

TOM. He tenido suerte en el juego. He ganado doce mil pesetas el mes pasado.

JUAN Lo sabía. Mientras yo me hundía en los terrores de la quiebra, tú pasabas la noche en los garitos...

TOM. ¡En los garitos!?... En el Club.

JUAN ¡Bah! Ganaste ocho mil pesetas en una noche. Me lo dijeron por la mañana... el mismo día que yo convocaba á mis acreedores... Te llamé al escritorio para exponerte mi situación... No quise empezar recriminándote, para que ignorases que yo lo sabía todo... Esperaba un arranque tuyo... ¡y no pronunciaste ni sola una palabra! Se me cayó el alma á los pies... Y, sin embargo, no eres avaro... Sé muy bien lo que piensas... (Pausa. Cambiando de tono y á ambos.) No olvidéis que Máximo está para llegar. Habrá llegado hoy por la mañana y viajará con nosotros. Ya sé que ni á vosotros, ni á la Nena os es muy simpático,—y se comprende por muchas razones—pero excuso repetiros, que no quiero disgustos. . ya se lo he dicho á la Nena.

TOM. (Desdeñoso.) Por mi parte...

JUAN Máximo es pariente nuestro muy cercano, y además es el único que ha venido en mi

ayuda en esta borrasca. No le había visto desde hace mucho tiempo, no le he llamado, y, sin embargo, ha venido... Sin él, no se te olvide Tommy, no sé lo que sería de nosotros... (Pequeña pausa.) Otra cosa. Nos vamos por Modane, porque la compañía del ferrocarril me ha concedido, á título de antiguo consejero, las billetes gratis. Por esa razón, desde aquí á Modane, iremos en primera; pero desde allí, en segunda... Lo siento (A Tomás.) por tus «Knickerbockers»... Nos vamos dentro de media hora y os ruego la puntualidad.

TOM. ¿Has acabado ya?... Me has tratado peor que á un enemigo... (Juan, con ímpetu cariñoso, coge la cabeza de Tomás entre su manos y la besa, conteniendo su emoción.)

JUAN ¡Hijo mío! (Huye hacia su cuarto; desde la puerta pregunta.) ¿Ha venido mi hermana?

TOM. ¿La tía Irene? No.

JUAN Cuando venga, que me avisen en seguida. (Vase.)

ESCENA VIII

JULIA, TOMÁS. Después IRENE y luego LUCÍA

JULIA Hay que compadecerle, porque ha perdido la cabeza... ¡Si me hubiera hecho caso, no nos veríamos así!

TOM. ¡Bonitos consejos los tuyos!

JULIA Yo me entiendo. (Pequeña pausa.) Bien sabe Dios que quería haberle evitado este disgusto. (Coge el billete que Juan dejó sobre la mesa.)

TOM. Deja, deja ahí ese dinero... Demasiado sabes que no es mío y que he aguantado el chaparrón por tí. (Julia se guarda el billete.)

JULIA Así, no me debes nada. ¿Qué te habías creído? Lo guardaré para cuando nos haga falta á todos.

TOM. Pues si lo guardas tú, estamos lucidos.

JULIA ¿Conque has ganado doce mil pesetitas? Me dijiste que eran seis mil...

TOM. Si de seis me has arañado quinientas, si te

llego á decir que eran doce... Además, que me lo he gastado ya casi todo... También yo tenía mis cuentas atrasadas.

Julia ¿Y no te da vergüenza?

Tom. ¿Vergüenza de haber pagado mis deudas?

Julia No, de haber jugado.

Tom. ¿Tú también vas á sermonearme? (Irene entra por el foro.)

Julia Ven, ven aquí. ¿Conque tú eres la chismosa que vas á acusarme y á llamar á tu padre, eh?

Irene Sí, yo.

Julia ¡Me estás espiando!

Tom. (Interponiéndose á Irene.) No contestes. (Lucía entra con una carta en la mano que entrega á Julia que la abre y lee precipitada.)

Tom. Y no te olvides de que yo estoy aquí... Seré un mal sujeto, pero te quiero mucho, hermanita.

Irene ¿Por qué dices eso?

Tom. Porque es verdad.

Julia (A Lucía.) ¿Has entregado tú misma la carta?

Lucía El señor Conde estaba durmiendo todavía, y se la dí á la doncella. Al señor Sarzana me le encontré en la escalera, y me dijo que iría á despedirse de la señora; don Miguel también me ha dicho que bajaría á la estación.

Julia Llevarán flores.

Lucía Ya están ahí.

Julia ¿Ahí? ¿Sí? Tráelas. (Sale Lucía, y Julia vuelve á leer la carta.)

Tom. (A Irene en voz baja.) Faltaban las flores para el viaje.

Irene ¡Bonito viaje para adornarle! (Lucía entra con las flores.)

Julia (Cogiéndolas.) ¡Ay, qué bonitas!

Irene (A Julia.) ¿Se puede ya cerrar tu cuarto?

Julia Sí, ven, Lucía. (Entrega las flores á Irene.) Ten; pónlas en agua, que no se marchiten. (Irene las tira sobre el sofá.) ¿Qué haces? ¿Qué modos son esos?

Irene ¿Dónde voy á ponerlas? (Julia se la queda mirando.) Vamos, Lucía.

LUCÍA (Al pasar junto á Irene con reproche cariñoso.) ¡Señorita!

JULIA Vamos. (Sale con Lucía.)

ESCENA IX

IRENE, TOMÁS. Después ANDRÉS y luego MAXIMO

IRENE ¡Y tiene humor de pensar en estas cosas!

TOM. No es para tanto; no nos moriremos por ir á Suiza.

AND. (Entrando.) ¿Puedo enviar á Gaspar con los equipajes?

TOM. ¿Y los míos?

AND. Ya están abajo.

IRENE Sí; envíelo usted todo.

AND. ¿Sabe usted que ha llegado el señorito Máximo?

IRENE ¿Máximo? ¿Dónde está?

AND. Detrás de mí subía. (Sale.)

MÁX. (Entrando.) Buenos días.

IRENE ¡Hola! ¡Máximo!... ¿Cuándo has llegado?

MÁX. Esta mañana á las siete. Buenos días, Tomás.

TOM. ¡Querido Máximo!

MÁX. ¿Venís también vosotros?

TOM. ¿Pues no estaba ya accrdado?

MÁX. Cuando me marché hace quince días, el tio estaba indeciso todavía; pero ahora, al ver los equipajes, me he figurado que veníais todos.

TOM. Demasiados bultos, ¿eh?

MÁX. No; mejor. ¿Y el tío?

TOM. Voy á llamarle. (Se acerca á la puerta de Juan.) ¡Papá! Aquí está Máximo.

MÁX. (A Irene.) ¿Y cómo está de humor? ¿Más reanimado?

IRENE Tranquilo.

MÁX. ¿Y tú? ¿Te contraría marchar?

IRENE No veo el momento de partir.

MÁX. Eso no quiere decir nada. ¿Te contraría venir?

IRENE No quisiera quedarme.

MÁX. Otra respuesta que no contesta claro á mi pregunta. Ya nos conoceremos con el tiempo. Somos primos carnales, nos tuteamos, os quiero á los dos, pero desde que hemos nacido nos hemos visto dos horas hace quince días.

TOM. Yo me acuerdo haberte visto hace diez ó doce años.

MÁX. Es verdad.

TOM. Eras larguirucho como una pértiga. Yo tenía diez años y la Nena cinco.

MÁX. Lo que es de ésta no me acordaba absolutamente nada.

IRENE Ni yo de tí.

MÁX. Se comprende. De Tomás sí. (A Tomás.) Y ahora recuerdo que no te podía aguantar porque llevabas una corbata más bonita que la mía.

IRENE En cambio ahora... (Mirándole.)

MÁX. ¿Ahora qué?

IRENE Llevas una que combina con todos los trajes.

MÁX. ¿No te gusta? Yo no me pago de esas cosas. (A Tomás,) Pero no la cambio por la tuya.

TOM. Y haces bien.

ESCENA X

DICHOS, JUAN y después ANDRÉS

JUAN (Saliendo de su habitación.) ¡Máximo!

MÁX. ¡Tío! (Se abrazan.)

JUAN Me consuela tanto verte á mi lado... (A sus hijos.) ¿Y vosotros, estais ya?

TOM. Listos.

JUAN ¿Y Julia? (Irene se dirige á la habitación de Julia. A Tomás.) Y tú da una vuelta por la casa para ver si están cerradas todas las habitaciones. (Sale Tomás.)

JUAN ¿Has arreglado tus asuntos en Buda Pest?

MÁX. Muy bien. He traspasado el arriendo con ventaja.

JUAN Siento que por mi causa...

MÁX. Más vale una cosa sola que poder atender, que varias descuidadas. Y tú, ¿te has arreglado aquí? Ya recibí tu telegrama.

JUAN El déficit es de ochocientas mil pesetas. Dejo esta casa, que ya tiene comprador, por trescientas setenta mil. Las caballerizas, el mobiliario, las alfombras y la biblioteca están evaluados en ochenta mil, y cien mil más por la quinta de Brianza, que me costó medio millón... Los acreedores tomarán el sesenta por ciento, y á mí no me queda nada. Sé que Lauri, que es el principal de mis acreedores, se sorprendió tanto de mi lealtad, que en plena Bolsa dijo que yo era un estúpido... y otro amigo mío, que también cobrará todo lo suyo, dice que soy un animal de pocos alcances... así, textual... Estos son los elogios que se me han tributado por ahí... En casa... (Pequeña pausa.)

MÁX. ¿Y tu cuñado?

JUAN Mi cuñado, cuando todo estaba bien arreglado, me envió á mi hermana...

MÁX. Ya, ya me acuerdo de la tía Irene.

JUAN Que me trajo diez mil pesetas.

MÁX. ¿No es millonario?

JUAN Ya lo creo.

MÁX. Entonces, es natural.

JUAN Ha hecho demasiado. Además, mi hermana me ha dicho hoy por la mañana que vendría á despedirse de la Nena y lo decía con intención. Me figuro que la traerá algo.

MÁX. ¿No te ofreció quedarse con mis primos al principio?

JUAN Sí, y casi estaba decidido á aceptar para tener más tiempo de buscar buena casa, pero después...

MAX. Casa ya tienes, si te gusta, se entiende; ayer me lo telegrafió mi encargado. Es una casita de campo muy mona. Dos pisos con seis habitaciones en cada uno. Un sitio precioso en las afueras, con un hermoso prado delante. Está apalabrada por seiscientas pesetas al año. Yo me quedaré con dos habitaciones en el piso bajo, para poner las

oficinas, y pagaré ciento; el resto queda de tu cuenta, ¿te conviene?

JUAN. Ya lo creo.

MÁX. Y conste que no te lo digo para inducirte á dejar aquí la familia. Me figuro que te servirá de consuelo tenerlos á tu lado.

JUAN. No; no es eso. (*Pausa: después, con acento doloroso.*) ¿Sabes por qué no me atrevo á dejarlos aquí? Porque no me fío.

MÁX. ¿De quién no te fías?

JUAN. De ninguno. ¡Si tú supieses lo que he visto en mi casa desde que estamos arruinados! Mi mujer te parece frívola y desinteresada ¿eh?

MÁX. Nunca he dicho...

JUAN. Pues me trajo un abogado para persuadirme de que debía defraudar á mis acreedores. Me proponía fingir otras deudas, vender muebles y tapices por segunda mano... y cuando le contesté que eso sería llegar á una quiebra fraudulenta que me conduciría á la deshonra y á la cárcel, ¿sabes lo que me dijo mi mujer? «No les daremos tiempo. Nos iremos antes.»

MÁX. ¡Ya!

JUAN. Y á mi hijo le parecía admirable y muy natural semejante plan... ¡Oh! él no entiende de estas cosas, y si supiera sus consecuencias no me lo hubiera aconsejado, estoy seguro; pero se cree que yo tengo á buen recaudo una buena cantidad, y por eso se conforma y calla.. Y eso no me ofende... lo que siento es que lo crea, por su conciencia... y por lo que puede suceder más adelante.

MÁX. Más adelante ya veremos.

JUAN. ¡Pero es lo cierto que los he arruinado!

MÁX. ¡Bah! Mi padre me dejó huérfano á los catorce años y sin un céntimo, y ahora le bendigo.

JUAN. He perdido la fuerza moral. No tengo autoridad. Soy un buey de labor y nada más. Tú no sabes el esfuerzo que me ha costado ser severo en estos días. No podré seguirlo

siendo. No he aprendido á serlo. ¡La riqueza lo embellece todo tanto! ¡Soy un mal padre, Máximo!...

MÁX. Aire fresco y libre... y ya verás.

TOM. (En la antecámara.) Pase... pase usted.

JUAN Gente ahora...

ESCENA XI

DICHOS, TOMÁS, LAURA DE LAURI; después JULIA, IRENE y LUCÍA

TOM. Papá. La señora de Lauri.

LAURA ¡Sólo un saludo! ¡Sólo un saludo!

JUAN Señora... Muchas gracias. (Saludos.)

TOM. (Llamando en el cuarto de Julia.) ¡Mamá!... Nena!

LAURA No sé qué decirle á usted de pena que tengo. Pierdo á mis mejores amigos. ¡Qué disgusto! El que se va no advierte la separación, pero los que nos quedamos... No he podido pegar los ojos en toda la noche. (Julia entra.) ¡Julia! ¡Tesoro mío! Dos minutos solamente; el tiempo de abrazarte. (Se besan.)

JULIA ¡Qué buena eres!

LAURA ¿Y la Nena? (Entra Irene con Lucía.) Aquí está. ¡Niña mía! (Se besan.)

TOM. ¿Y para mí? También me voy.

LAURA Guasón. A usted la mano. ¡Las dos! (Alegres risotadas. Tomás se las besa una después de la otra, larga y blandamente. Juan, desde el lado opuesto de la escena, á Máximo:)

JUAN Míralos. Mira á mi mujer, á mi hija. ¿Te parece que se dan cuenta de la situación? Tú no sabes... No sabes. (Se deja caer en el canapé, los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos.)

LAURA ¿Pasais por el Gottardo?

JULIA No, por Modane.

LAURA ¡Qué lástima! El Gottardo es más pintoresco. (A Irene.) ¿No has estado en Suiza?

IRENE Nunca. (Siguen los cuatro charlando alegremente.)

MÁX. (Sacudiendo cariñosamente á Juan.) ¡Valor!

JUAN Hasta ahora no los he conocido. Yo tengo

la culpa... Pero la prosperidad ciega... ¡Ah! ¡Cuántas cosas se ocultan tras la elegancia, la gracia y la gentileza! Ya verás, Máximo. ¿Dejarlos aquí? Habrían vivido vida de disipación equívoca... ¡Ah! ¡No! ¡Conmigo! ¡Conmigo!... ¡Y puede que no baste!

MÁX. ¿Qué dices?

JUAN Ya verás... Esa es una gente que no sabe aguantar el temporal... Son como las hojas secas... Al primer soplo del aire frío, huracanado del otoño, caen y ruedan por el suelo... dispersas, barridas por el viento.

ESCENA XII

DICHOS, ANDRÉS y después la TÍA IRENE

AND. Señor... El coche.

JUAN (Levantándose.) Es hora de marchar. (A Máximo) ¡No ha venido mi hermana! (Todos en pie, se ponen los abrigos, cogen las sombrillas, los bastones, etc.)

LAURA Ya iremos á veros ..

TOM. Cojo la palabra. Hay que consolar á los desterrados.

LAURA (A Juan.) Y á usted solo tengo que decirle que es usted un mal amigo. Muy malo. .

JULIA ¿Y mis flores? ¿Dónde están mis flores? (Lucía pone el abrigo y el sombrero á Irene.)

IRENE ¿Estabas ahí, pobre Lucía? (Lucía quiere besarle la mano llorando.)

IRENE ¡Quita; calla!

TÍA IR. (Entrando.) Vamos, todavía llego á tiempo.

JUAN (¡Mi hermana!...)

TÍA IR. Creí que no os encontraba; ya pensaba ir á la estación... pero me asustan las despedidas en el andén. Ya estará allí mi marido. Toma, Nena, aquí te traigo, unas pastillas de chocolate para el viaje.

MÁX. Mira, mira, ¡qué regalo! Dale las gracias á tu señora tía.

TÍA IR. (Ofendida.) ¿Quién es, quién es?

JUAN Es Máximo, nuestro sobrino.

TÍA IR. Ya...

JUAN Vamos, vamos.

IRENE Adiós, tía.

TÍA IR. Me voy también; bajo con vosotros.

LAURA Volveréis pronto... me lo dice el corazón. (Salen hablando todos á un tiempo. Juan del brazo de Máximo los contempla.)

MÁX. (A Juan.) ¡Adelante! ¡Valor! ¡A empezar otra vez! (Salen. Lucía permanece sola y se deja caer, sollozando, en una butaca. Irene vuelve corriendo, coge la cabeza de Lucía y la besa frenética.)

LUCÍA ¡Nena! ¡Nena!

IRENE ¡Calla! ¡Calla! ¡Calla! (Sale corriendo. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Habitación humilde, pero no miserable ni del todo desprovista de adorno. A la derecha un ventanal más ancho que alto, practicable. Fuera, arboles. Al fondo, dos puertas. La de la derecha comunica con una pequeña antecámara. Es la puerta de ingreso del exterior. La de la izquierda es la de la habitación de Julia. Entre ambas un aparador de nogal con vajilla. En la pared de la izquierda, la habitación de Irene. Entre ésta y el foro una mesita apoyada sobre el muro. En medio de la habitación una mesa redonda cubierta con tapete. Una silla de campaña, de madera curvada, junto á la ventana. Mobiliario modesto.

ESCENA PRIMERA

IRENE: sentada á la mesa leyendo. TOMÁS cabalga en una silla junto á la ventana, fumando una pipa corta, inglesa. JUAN entra del exterior

JUAN ¡Nena!

IRENE ¡Papá!

JUAN Anoche me pediste dinero y te dije que me lo recordaras hoy por la mañana. (Se lo da en monedas.)

IRENE Es mucho.

JUAN Cien pesetas. ¿Tendrás bastante hasta fin de mes?

IRENE Prefiero menos en varias veces.

JUAN ¿Por qué?

IRENE — Porque... Del último dinero que me diste me han faltado treinta pesetas.

JUAN — ¿Te han faltado?

IRENE — Según mis cuentas debían sobrarme y no las encuentro.

JUAN — Habrás olvidado alguna partida.

IRENE — No sé; creo que no... las habré perdido. En fin, por lo que sea, prefiero pedirte más á menudo. Toma, toma, me quedo con esto.

JUAN — No, tenlo todo. Es preciso que te acostumbres á manejarlo. (A Tomás.) ¿Te aburres?

TOM. — Figúrate... con este ocio forzado.

JUAN — Hay que tener paciencia.

TOM. — En cambio tú estás todo el día trabajando.

JUAN — Ya buscaremos para tí. (Pasea.)

IRENE — ¿Por qué no sales? Hace cuatro días que no sales de casa.

JUAN — ¿Para qué?

IRENE — ¿No estás bueno?

JUAN — No; eso sí que no. Nunca he estado mejor que en los tres meses que llevamos aquí. ¡Ah! Hoy es sábado. Vendrá Máximo.

TOM. — (Con tono de aburrimiento.) Sí... sí.

JUAN — Le acompañaré á la estación esta noche cuando se marche, y así andaré un poco. (A Irene.) ¿No te parece?

IRENE — Muy bien. (Mutis de Juan. Pequeña pausa.)

ESCENA II

IRENE y TOMÁS. Irene se sienta á leer junto á la mesa

TOM. — Realmente nada ha cambiado para él como no sea para mejorar. Trabajaba en Milán, trabaja aquí, sin que le moleste ningún importuno... Respira el aire del campo... Se acuesta á las nueve... pero, ¿qué haces?

IRENE — Estudio.

TOM. — Con cien mil pesetas de renta, y aquí en este mismo sitio, una quinta á la inglesa en vez de esta casucha gemebunda, yo tampoco le pediría más al creador del cielo y de la tierra.

IRENE ¿Qué importa la casa cuando la belleza empieza al otro lado de las ventanas?

TOM. También hay que adornar lo bello. La Naturaleza es un artífice incompleto. Aquí haría falta un parque con grandes árboles sin fruto, y la hierba cortada al rape, y que mamá no estuviese todo el día en medio, sentada en el innoble trípode con el caballete delante, acometiendo con los pinceles el vituperio de tantas cosas bonitas.

IRENE ¿Está pintando todavía?

TOM. Impertérrita. A estas horas está macerando su quincuagésimo Mont-Blanc de algodón en rama, en el mismo lago de leche.

IRENE ¿Está sola?

TOM. ¡Jamás! Con sus dos compañeros de arte. Los *trés honorés maîtres*... Los grandes crímenes no se perpetran sin cómplices. Pero el Mont-Blanc sigue tan tranquilo, como si no le hicieran daño. Míralos. Parecen movidos por resortes. Levantan la cabeza al mismo tiempo, como los pollos cuando aguardan la comida... Se embaulan en los ojos la ración de paisaje que les corresponde y se apresuran á devolverla desconocida sobre el lienzo. ¿Los has visto de cerca?

IRENE A uno de ellos; al viejecito. Viene algunas veces.

TOM. Lo envían. De cuando en cuando nuestra ingeniosa madrastra echa de menos un tubo de color, un pincel ó el abanico, y el pobre viejo viene trotando por él... pero el otro, el joven, no se mueve jamás, y entonces el «terzetto» pictórico se convierte en «duettino» contemplativo.

IRENE ¡Qué malo eres! (Pequeña pausa) ¿Qué tienes?

TOM. Nada. ¿Cuándo has notado lo del dinero?

IRENE ¿Qué dinero?

TOM. Las treinta pesetas que te faltan.

IRENE Anteayer.

TOM. ¿Dónde lo tienes?

IRENE Ahí, en el cajon de esa mesa.

TOM. No creas que lo pregunto para aprovecharme de la noticia.

IRENE ¡Tommy!

TOM. (Después de una ligera excitación.) Si lo necesitara te lo pediría.

IRENE ¿Quieres?

TOM. ¡Pobrecita!

IRENE Pero, ¿no tienes tú ya?

TOM. ¡Tiempo pretérito! Un pasado próximo, pero pasado.

IRENE Poco puedo darte. ¿Quieres? Economizaré. (Va á abrir el cajón.)

TOM. (Venciendo la tentación.) ¡Cierra, cierra! Y tenlo siempre cerrado con llave. No induzcas en tentación á las gentes. Los artistas son débiles. (Se asoma á la ventana.)

IRENE No pienses mal. (Pequeña pausa.) Toma este libro.

TOM. ¿El qué?

IRENE Oye lo que he aprendido. (Le da un libro.) Ten. Vé leyendo sin preguntarme. Empieza aquí. El artículo.

TOM. ¿El artículo? ¿Y tú estudias eso?

IRENE Tengo que enseñarlo y no lo sé.

TOM. ¿No sabes lo que es el artículo?

IRENE Vaya, dilo tú.

TOM. El... La...

IRENE Sabes que esas palabras son artículos. Pero no sabrías decir á punto fijo lo que es un artículo, y lo que es un adverbio y una interjección... ¡Cá!

TOM. Veamos, ¿y tú?

IRENE El artículo es una palabreja que se puede declinar.

TOM. Declinable, se dice.

IRENE Pero si no recito la lección. La estoy explicando para asegurarme de mis conocimientos. Es una palabra que puede declinarse, y que unida á un nombre, indica, determina... si éste es masculino ó femenino, singular ó plural. Por ejemplo: «El melocotón y la manzana». El, es artículo de sexo masculino, porque melocotón es masculino (Tomás se ríe.)

ESCENA III

DICHOS y MÁXIMO. Máximo entra por el foro, deja sobre una silla un cesto pequeño y permanece escuchando sin ser visto

IRENE (Continuando.) Y la, es artículo de sexo...

TOM. No se dice sexo, se dice género. Sexo es una palabra de mal género.

IRENE De género masculino.

MÁX. ¿Qué estais haciendo?

IRENE ¡Oh! ¿Estabas ahí? Estudio gramática para enseñar inglés.

MÁX. ¿Y le enseñas en ~~italiano~~?

IRENE No; en francés.

MÁX. Ya. Y para enseñar el inglés en ~~francés~~, ¿aprendes la gramática italiana? ¡Qué lío!

IRENE Porque sé hablarlo. Lo que me faltan son los elementos... saber las cosas iguales que son iguales en todos los idiomas ¿Comprendes?

MAX. Ni una palabra.

IRENE ¡Hice un papel el otro día en la lección de inglés que tú me has proporcionado!...

MÁX. ¡Ah! ¿Fuiste á dar lección al hijo de la señora Rouillet?

IRENE Sí. No podía creer que así me ganaba la vida.

MÁX. (Irónico.) La vida es mucho.

IRENE Luego es en un sitio... El camino, la casa, la escalera, el cuarto... ¡El limbo de los santos padres! ¡Y qué lejos! ¡Llovía á cántaros! Gracias á Tommy que me acompañaba.

MÁX. ¿Para calaros juntos?

IRENE No; tomamos un coche.

TOM. No se lo digas á Máximo, que le dan lástima esos despilfarros.

MÁX. ¿A mí? Todo lo contrario. ¿Para qué están los coches?

IRENE Pues verás: llegamos. Me despido de Tommy. Subo la escalera á saltos. ¡El corazón me latía de un modo!... Llamo. Sale á abrirme la propia señora viuda de Rouillet.

MÁX. ¿Por qué subrayas tanto la señora viuda?... No ha matado á su marido.

IRENE Es la viuda tipo. Parece viuda de nacimiento.

TOM. (Con reproche exagerado) ¡Nena! ¡Una señora que te paga!

MÁX. (Los contempla, uno después del otro.) Sigue.

IRENE Entramos en una especie de comedor, y una vez allí, me examina de pies á cabeza. ¡Con un gesto!... Después me pregunta cuantos años tengo.

MÁX. ¡Ay! ¡ay!

IRENE ¿Eh?

MÁX. Yo había dicho que eras más vieja. Tu juventud podía ser un impedimento.

IRENE ¡Haberme prevenido! Por eso cuando yo la dije que tenía veintidós, me replicó que representaba más de veintiseis. (Ríe.) Por fin llamó á su hijo.

TOM. ¿Al huérfano?

IRENE Llamado Gastón; un mocosón largo y escuálido, de dieciseis años... Gastón se sienta. Yo abro mi «Ollendorf» sobre la mesa y trato de empezar, y la madre se sienta junto al niño mirándome á los ojos para desconcertarme. Yo empiezo á decir un tema en francés, lo traduzco al inglés y le digo que me lo repita, pero entonces la madre empieza á preguntarme las reglas gramaticales, las definiciones... ¡que sé yo! Entonces medí de golpe el abismo de mi ignorancia. ¿Sabes por qué no salí corriendo? Por miedo á la escalera tan obscura y tan empinada. No la hice caso y seguí recitando: «El cortaplumas del maestro; el sombrero de mi tía; la sombrilla del vecino...»

ESCENA IV

DICHOS y el PINTOR 1.°; un viejecito de larga cabellera de artista, romántico; entra sin ser visto

PINT. 1.° (Pronunciando trabajosamente, casi silabeando.) ¿La sombrilla de la señora?...

IRENE ¿Eh? (Volviéndose rápida.)

TOM. (Idem.) ¡El pintor! (Todos prorrumpen en carcajadas menos el Pintor, que permanece atónito.)

PINT. 1.º Ustedes me dispensen. ¿Me he equivocado? Pedía la sombrilla de la señora.

IRENE (Riendo siempre.) Ya, ya, la sombrilla de mamá. Voy á buscarla. (Entra derecha.)

TOM. (Al Pintor.) Perdone usted. Por casualidad ha entrado usted repitiendo las mismas palabras que...

PINT. 1.º No, no hay de qué. La señora me rogó que viniese por la sombrilla, porque hace un sol...

IRENE (Entrando con la sombrilla.) Aquí está.

PINT. 1.º Muchas gracias, señorita. Señores...

ESCENA V

IRENE, TOMÁS, MÁXIMO; después MARTA y el GROOM

MÁX. ¿Quién es?

TOM. Es uno de los pintores de cámara de mamá. Un noruego... que suele hacerse el sueco. Mamá los ha descolgado en el círculo artístico y se los ha traído para trabajar juntos.

MÁX. ¿En el mismo cuadro?

TOM. No son tan discretos. Pintan en tres cuadros distintos Copian del natural el Mont Blanc, peró cada uno hace el suyo. Mamá lo hace con la idea del lucro, ¿sabes? ¡Oh! Será un gran recurso para la casa.

MÁX. ¿Los vende?

TOM. Eso es otro cantar. Los venderá.

MÁX. (A Irene.) ¿Y cuántas lecciones has dado?

IRENE Una sola. Ayer debía haber dado la segunda, pero escribí disculpándome porque no me encontraba buena.

TOM. Dí que has escrito por consejo mío; que yo mismo te dicté la carta. Si no le parece bien á Máximo, que sepa al menos á quién ha de reñir.

MÁX. A Máximo no le parece bien, pero no tiene por qué reñir á nadie. Era de esperar.

IRENE (Irónica.) Con gente tan inepta...

MÁX. No quería decir eso. Era de esperar que en el primer ensayo te pareciesen mayores las dificultades y que te desalentases. Siempre sucede igual. En cuanto á esa pobre señora, si no es viuda de nacimiento como tú dices, perdió á su marido á los dos años de casarse; á su marido, que era ingeniero y quedó sepultado en una mina por una explosión de *grisou*. Vive de una modesta pensión, que la obliga á comer más patatas que trufas. El hijo se llama Gastón; nombre romántico, porque generalmente se bautiza á los niños á los pocos días de nacer, y entonces todo son ilusiones y alegrías. Yo, si algún día tengo hijos, los llamaré Clemente, Bartolomé ó Pancracio para ahuyentar el peligro de las antítesis irónicas, y también porque tengo cierta inclinación á gustar la poesía de las cosas prosáicas. Pero no todos pensamos lo mismo. Ya te he explicado por qué te preguntaron tu edad. En las casas donde no hay sala de recibir, es natural que la señora permanezca en el comedor aunque el muchacho aprenda inglés de labios de una señorita italiana, y por último, si esa señora te pidió un poco de gramática, es porque en sus tiempos las lenguas así se estudiaban, y porque así le aprendió y así le sabe.

TOM. Chúpate esa.

IRENE ¡Y yo no la sé!

MÁX. ¡Oh!...

IRENE No. No la he estudiado nunca. Me han enseñado los idiomas de viva voz. Primero un aya alemana y luego otra inglesa.

MÁX. Sí; como la gente rica, sin fatigarte.

IRENE Y soy una ignorante.

MÁX. Vuelve y te las irás arreglando.

TOM. Sí, vuelve. Tres pesetas por lección, á dos lecciones semanales, son veinticuatro pesetas al mes. Casi el salario de una cocinera.

MÁX. Mucho menos; y si de cada lección quitas una peseta y cincuenta céntimos para coche, quedan doce pesetas al mes, casi el jornal de

muchas obreritas que van á pie aunque llueva.

TOM. ¡Bounm!

MÁX. ¿Qué quieres decir?

TOM. Nada. ¡Bounm! Un cañonazo.

MÁX. (A Tomás.) ¿Y tú te contentas con vivir á expensas de tu padre?

TOM. No he hecho otra cosa desde que nací y siempre he gozado de la pública estimación.

MÁX. ¿Estimación?

TOM. Sí, señor. Y si quieres que hablemos en serio te diré que el hombre no sólo vive de pan.

MÁX. Vamos á ver.

TOM. Hay gentes en el mundo que tienen la misión de la más pura intelectualidad: la misión de refinar las sensaciones, de custodiar las tradiciones elegantes...

MÁX. Sí; los guardias del santo sepulcro.

TOM. En una palabra: de mostrar la belleza.

MÁX. ¡Ya! ¿Y tú tienes esa misión?

TOM. La ejercía cuando era rico.

MAX. Pues si no fuera por tí y por tus dignos compañeros, estábamos lucidos en este mundo... ¡Bah! La belleza reside en nosotros mismos. Más en mí que en tí; mayor, más intensa. A mí, ese lago (Señalando por la ventana.) me proporciona una sensación de belleza á cualquier hora y en cualquier momento que le contemple. A tí, para gozarla, necesitas haber dormido en un buen lecho, estar bien vestido, y fumando un buen habano. Tu belleza la componen en colaboración el tapicero, el sastre y la estanquera. (A Irene.) Créeme. Vuelve.

TOM. (Con violencia.) ¡No quiero yo que vuelva!

IRENE ¡Tommy!

TOM. (A Máximo.) Ya es hora de acabar con esta Arcadia edificante que tratabas de introducir en nuestra casa! Que mi hermana trabaje, si encuentra dónde, me parece bien. Yo también busco trabajo. No sonrías porque no he querido aceptar tus proposiciones. ¡Bonito empleo me habías dado! ¡Vigilar á los obreros

que perforan un monte cubierto de hielo! Camino recto y seguro para llegar al otro mundo. Por fuera las nieves perpetuas y por dentro el Africa tenebrosa.

MÁX. Pues yo estoy allí desde hace un año.

TOM. ¡Tú, tú! ¡Bah!... y noventa pesetas al mes.

MÁX. Alojado y mantenido en mi casa, y teniendo que pagar otro vigilante para que te cuidase á tí y te enseñase tu obligación.

TOM. Un humazo húmedo y espeso... Hombres desnudos y sudorosos. Cosas de viñeta de periódico ilustrado. En diez días estropeé tres trajes.

MÁX. ¡Claro! Te vestías de blanco...

TOM. (Volviendo á sentarse junto á la ventana.) Bonitos negocios. . Para ella y para mí quiero un trabajo adecuado...

MÁX. ¿Adecuado á qué?

TOM. Á nuestras aptitudes.

MÁX. Tú ya lo has encontrado. Una pipa con buen tabaco inglés, una silla junto á la ventana y vengan bocanadas.

IRENE No te consiento que hables así á mi hermano.

MÁX. (Encogiéndose de hombros.) ¿Tu padre está arriba, ¿eh?

IRENE Sí.

MÁX. Voy á verle. (Sale. En la puerta tropieza con Marta que precede á un groom, vestido con elegantísima librea compuesta de chaquetilla roja y botones dorados y pantalón azul turquí, que lleva una carta en la mano. Marta retrocede. El groom habla sin ser oído del público con Máximo.) ¿Quién? ¿El señor Rosani hijo? Aquel señor... ¡Tomás! Aquí traen trabajo para tí. (Tomás se levanta rápido, coge la carta y la lee.) ¡Irene!... (Recordando algo.)

IRENE Ya te he dicho que me llaman Nena.

MÁX. Dispénsame. Tu nombre es Irene y el de tu hermano Tomás. Yo no tengo la culpa. Detesto los diminutivos mimosos... Quería decirte que en esa cesta encontrarás seis truchas del Arve, pescadas anoche en Chamounix. Son exquisitas. Comeré con vosotros. (Sale.)

ESCENA VI

IRENE, TOMÁS, el GROOM. Después MARTA. Tomás ha leído la carta y está escribiendo sobre la mesa. Rompe un primer pliego. Empieza otro, expresando con sus movimientos un contraste intenso de sentimientos. Irene ha cogido el cesto y llama por la puerta de entrada

IRENE ¡Marta! (Mira al Groom con indiferencia. Marta entra. Es una campesina humildemente vestida.) Toma. Son truchas para la comida. (Marta sale con la cesta.)

TOM. (Acaba de escribir y llama al Groom.) Ven aquí. (Lo conduce junto á la ventana y hablan en voz baja. Irene va á salir.) ¡No, quédate!

IRENE No, hijo; no soy curiosa.

TOM. Ya he acabado. (Da la carta al Groom.) Toma. (Mutis del Groom.) No como aquí; no quiero encontrarme con el señor preceptor... Además, me ha caído un convite. (Pausa.)

IRENE Mira que son las once y si has de vestirte...

TOM. Espero que venga mamá. Tengo que hablarla.

IRENE ¿Tú? Milagro.

TOM. Mi convite es para la una. Y voy como estoy. Un *dejeuner* de hombres... ¿No lo crees?

IRENE No; no lo creo.

TOM. Bueno. (Se aleja con indiferencia. Pausa.)

IRENE Tommy... Debemos unirnos. Tommy debemos unirnos... Necesito que estés á mi lado. ¡Estoy sola... inerme!

TOM. ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

IRENE No lo sé. En Milán, la ruina, aunque imprevista, ni me abatió ni me acobardó, y eso que esperaba la miseria. ¿Te acuerdas? Y la miseria no ha venido... porque realmente privaciones graves no tenemos. No sé. No sé lo que es. El conjunto de nuestra vida es sospechoso. Creo que ninguno ocupamos nuestro verdadero sitio. Papá no manda como debería mandar... Mamá..., ya lo ves. Tú que en Milán me gustabas tanto...

TOM. ¿Soy distinto?

IRENE — No... y es por eso. Eres el mismo. Es aquí, es en esta casa... Siento algo que cruje aquí dentro... No sé explicarme.

TOM. — Tomaré á Máximo por modelo.

IRENE — (Al acercarse á la mesa.) ¡Qué peste! (Coge el sobre de la carta que trajo el Groom y lo tira al suelo.)

TOM. — ¡Eh! ¡Tú!

IRENE — Es el sobre nada más. Ahí está mamá. (Sale corriendo hacia su habitación.) ¡Qué mal huelen tus comensales! (Mutis.)

ESCENA VII

TOMÁS, JULIA. Al entrar deja una caja de pinturas

JULIA — Otra vez me haréis el favor de no recibir con carcajadas á mis amigos cuando tienen la bondad de prestarme un servicio.

TOM. — Ya le he pedido perdón.

JULIA — Me lo ha dicho, pero ha vuelto confuso y azorado. ¡Qué buen perfume! ¿Me lo has cogido?

TOM. — No digas eso. Te confundes.

JULIA — ¿Por qué?

TOM. — Porque... te aseguro que te equivocas.

JULIA — ¡Ah, ya! El Groom que salía... Vamos...

TOM. — Qué Groom ni que...

JULIA — ¿Te creerás que no le conozco? Es la librea más bonita de toda Ginebra y sus alrededores. (Abriendo la caja en donde está el estudio.) ¿Quieres verlo?

TOM. — ¿El qué?

JULIA — Mi estudio de hoy. Lo he pintado de golpe. Estaba inspirada. Ese Helmer Strile es un maestrazo. El otro, el viejo, es otra cosa; tiene una técnica discreta, pero sólo ve lo que tiene delante. No penetra, no sabe extraer lo que hay dentro del natural. (Enseñando el estudio.) Mira este cielo y dime si no palpita el aire. ¡Pensar que en Milán pintaba como una educanda! Todavía no tengo la fuerza de Helmer, pero creo que llegaré... El mismo me lo ha asegurado. ¡Figúrate que que-

ría llevársela! Y me ha dicho palabras inolvidables... «Hoy empieza usted su carrera artística, porque desde hoy comienza usted á encontrar lo oculto á las miradas de los demás.» Tiene un modo de hablar maravilloso. Dice que la pintura es la penetración del misterio. Todo lo transfigura. Sus paisajes son aéreos... Todo vuela, tiene alas...

TOM. Pára. ¿Me puedes dar veinte duros?

JULIA ¿Qué dices?

TOM. Que si me puedes dar veinte duros. Me hacen falta.

JULIA No los tengo. Mis economías volaron. Sólo el ingreso en el Círculo artístico me ha costado ciento ochenta pesetas. Hubiera podido pedírselas á tu padre, porque al fin y al cabo no ha sido por mi gusto, si no para darme á conocer; he tenido también que comprar un cuadro.

TOM. ¿Un cuadro?

JULIA Sí; del director de *L'art romain*, que tiene la manía de pintar... plastas; pero para congraciarme con esa revista que corre de mano en mano, no tenía otro medio... ¿Pero, y tú? ¿Y tus cinco mil pesetas?

TOM. Ayer perdí el último millar... Me he defendido hasta anoche, pero me llegó la mala y... un desastre.

JULIA ¿Dónde? ¿En casa de la Orloff?

TOM. Es claro. ¿Dónde quieres que sea?

JULIA ¿Es verdad que es rusa?

TOM. Sí.

JULIA ¿Y ha sido casada?

TOM. ¡Vaya una pregunta!

JULIA ¿Qué edad tendrá?

TOM. Treinta y dos años.

JULIA Dicen que cuarenta y cinco y que está buscando otro marido.

TOM. Habladurías del Círculo.

JULIA Haces mal en jugar...

TOM. Es la única manera limpia, para un hombre como yo, de rehacer una posición... Siento insistir, pero las necesito. Dame esas cien pesetas.

JULIA No las tengo hoy, te digo. Mañana...

TOM. ¿Por qué mañana y no hoy?

JULIA Porque habría una oportunidad... Pero tu padre no querrá... y la Nena menos, que es la que manda en esta casa.

TOM. ¿Qué tiene que ver la Nena en ese asunto? ¿Qué oportunidad es esa?

JULIA Esta noche hay concierto en el Círculo para inaugurar la Exposición estival. Yo he mandado una docena de estudios. Helmer Strile ha insistido mucho en que debo ir, porque quiere presentarme á Goupil, el famoso marchante de París, que está aquí de paso.

TOM. Está loco.

JULIA Le he dicho que no, y puede que haga mal porque Helmer asegura que venderé todos mis estudios.

TOM. Conversación.

JULIA No sé qué mal habría en eso.

TOM. ¿Irías con papá?...

JULIA ¡Oh! Pobre hombre; por la noche está cansadísimo.

TOM. Entonces nada.

JULIA ¿Has perdido sobre tu palabra?

TOM. ¿Yo? No debo ni un céntimo. Pero creo que estoy en vena.

JULIA ¿Volverás?

TOM. A la hora de cenar.

JULIA ¿Juega también la Orloff?

TOM. Nunca. No le gusta.

JULIA ¡Qué figura más interesante! Parece una madona de Maestro Luca. Por las mañanas pasa mucho por aquí guiando dos *ponney*. Tiene un aire misterioso y estático...

TOM. ¿La adulas para endulzar tu negativa? ¡Qué bajo y qué ruin es lo que estamos pensando y haciendo tú y yo!

JULIA ¡Oh! ¿Por qué?

TOM. ¿No lo comprendes? Quiere decir que eres mejor que yo, que á pesar de comprenderlo... (Rápidamente extiende la mano.) Vengan cincuenta.

JULIA Como si el Círculo fuese algún sitio malo...

¡Va toda la colonia extranjera! Helmer quería venir por mí para acompañarme, pero no me parece bien... ¡No porque tenga nada de particular! Pero en ciertas cosas me gusta ser muy mirada.

TOM. ¿A qué hora es el concierto?

JULIA Desde las nueve de la noche hasta las doce. Pero ya he renunciado á ir. Se lo diré á tu padre para que luego no me echen en cara la ocasión perdida... Pero sin insistir; en cuanto al dinero... (Saca un portamonedas.) Toma dos luises.

TOM. Y tres pesetas para el coche, no quiero llegar lleno de polvo.

JULIA (Dándoselas.) Ten.

TOM. Gracias.

JULIA Pero si ganas, llevo la mitad.

TOM. Bueno.

ESCENA VIII

DICHOS y MÁXIMO

MÁX. Tomás. (Viendo á Julia.) ¡Oh! ¿Cómo va, tía?

JULIA (Riendo.) ¡El hombre salvaje bajó de la montaña!

MÁX. Hemos hablado de tí mi tío y yo. Me ha dicho que te tomas mucho trabajo inútil.

TOM. ¿Yo?

MÁX. Tengo una idea, Tomás.

TOM. Ya me la dirás luego.

MÁX. No; tengo que decírtela ahora. Si te parece bien lo combinaremos hoy mismo. Me voy esta noche. Tengo un amigo en Ginebra que es el amo de una fábrica de aserrar maderas y está buscando un secretario...

TOM. No, gracias.

JULIA ¡Secretario de un aserrador!...

MÁX. ¿Pero quién es Tomás? ¿Eres un príncipe de la casa de Austria? Dispensa, no lo sabía.

TOM. Conozco tus teorías; hace ya mucho tiempo que las he leído impresas, pero no tengo humor de discutir... Me esperan para almorzar.

MÁX. ¡Ah! ¿Era una invitación lo que te traía esa mona?

JULIA ¡Esa mona! ¡Si te oyeran! ¡Es el groom de la Orloff!

MÁX. ¿De la Orloff? ¿Y te ha convidado esa... desequilibrada?...

TOM. ¡Máximo!

MÁX. La llamo así, por no llamarla otra cosa. ¿Y vas?

TOM. Claro que sí. (Hace ademán de salir.)

MÁX. (Cogiéndole por un brazo.) No; tú te estás aquí; y tú, tía, hazme el favor de dejarnos solos un momento. (A Tomás que trata de desprenderse.) Ten cuidado, que te vas á estropear el traje.

TOM. Déjame.

MÁX. Ahora...

TOM. ¡Máximo!

JULIA Sin escenas. ¡Por Dios!

MÁX. Te suplico que nos dejes solos. Tengo que decirle cosas que tú no debes oír.

JULIA (A Tomás.) Voy á decírselo á tu padre. (Sale.)

ESCENA IX

MÁXIMO y TOMÁS

MÁX. Y ahora te ruego que me dispenses mis violencias... ¿Sabes quién es la Orloff? ¿No contestas? Pues yo te lo diré. Es una mujer que ha estado sugeta á la vigilancia de la policía.

TOM. De la policia política internacional.

MAX. No. Eso es lo que ella dice... calumniando á los nihilistas... En cuanto al pretendido señor Orloff...

TOM. Fué su marido.

MÁX. Sí, digno de ella. Solo que no se llamaba Orloff, sino Borki. Orloff es un apellido inventado. El tal Borki tuvo en Odessa una casa... equívoca. Enriquecido, decidió cambiar de nombre, y al morir hace cuatro años dejando cien mil francos á la iglesia rusa de

Ginebra, los periódicos de Odessa contaron su vida y milagros. ¿Lo sabías?

TOM. Te advierto que estás haciendo lo posible para que vaya á su casa aunque no lo tuviera pensado.

MÁX. Ya. Ese es el recurso de los que dicen que obran mal por amor propio.

TOM. Si por doscientas cincuenta pesetas al mes, que pagas á mi padre á cambio de su sacrosanto trabajo, crees que vas á echártelas de amo... te equivocas.

MÁX. Como le doy á tu padre lo que le daría á cualquier otro empleado, no soy su bienhechor y puedo hablar como me plazca, sin escrúpulos... y si lo fuese hablaría igual porque desprecio vuestras ridículas delicadezas. No se trata de tiranías, porque si se me ocurriese ejercerla te encerraría en un cuarto bajo llave á pesar de tus veintisiete años.

TOM. ¿Con qué derecho?

MÁX. Con el que me dan dos brazos más robustos que los tuyos al servicio de una cabeza más sana... Si pensases en darme un tiro, todos me reconocerían el derecho de quitarte la pistola aunque fuese á palos. Tus relaciones con esa mujer serían para tí y para los tuyos más nocivas que un tiro y por eso te desarmo. (Pequeña pausa.)

TOM. He conocido á esa señora hace dos años cuando vine á Ginebra al concurso de «Tennis». Entonces ya reunía en su casa lo más florido de la sociedad...

MÁX. De la sociedad extranjera, del aluvión cosmopolita.

TOM. Hace tres meses la he vuelto á encontrar. Sus modales son de gran dama; su nombre figura al frente de todas las obras de beneficencia; su casa es un modelo de elegancia correctísima, y si se juega allí, es porque el juego, entre la gente aristocrática, significa el desprecio al dinero que es signo de los hombres superiores... Pero tú no entiendes, no puedes entender esas cosas... Ella no juega, deja hacer á todo el mundo lo que quie-

re, por amabilidad y porque le gusta recibir gente en su casa, gente á la que saludarías tú con el sombrero en la mano.

MÁX. ¡No y no! Así no le hablo yo á nadie. Contesto á los saludos de los demás y gracias... Los ricos que frecuentan esa casa son unos imbéciles, y los pobres que van allí á jugar malas personas.

TOM. ¡Qué severo eres con los pobres!

MÁX. Porque los estimo mucho. ¿Crees que te trataría acaso si fueses todavía millonario? ¿Os he buscado nunca? ¡A mí qué me importa la parentela! No siento la voz de la sangre ó la siento sólo cuando me habla con plena comunidad de luchas, de sufrimientos y de victorias. ¡Ah! Hace tres meses, cuando te ví, joven, inteligente y reducido á la ley común de la necesidad, ¡cuántas esperanzas me forjé contigo! Si hubieras nacido pobre serías un buen hombre. ¡Si supieras lo que estás á punto de perder! ¡Ea! Ven aquí. Dejémonos de palabras ásperas... No te hablo del deber, te hablo de la felicidad. ¿Crees que hay comparación entre lo que hemos gozado de la vida tú y yo? ¿Y la alegría de querer? ¿Y la de vencer?—La de ganar algo más que un concurso de «Tennis.»—¡Vuestro mundo es una cáscara de nuez, vuestra alegría la de una botella de champagne!... ¿Crees que te has reído de veras alguna vez, con la risa que acelera la sangre y descarga los sesos como un estornudo? Vosotros sólo sabéis sonreír; vuestra alegría brota á chorritos. La prosperidad no os conmueve, y la desgracia os aterra. Sólo sabéis reir a costa de vuestros semejantes. De los demás os da miedo, mientras que nosotros, nos reímos de nosotros mismos, de vosotros, de lo próspero y de lo adverso. Vosotros espumáis la olla, el buen caldo está en el fondo. Aprende más un vendedor ambulante andando por los pueblos, que vosotros dando la vuelta al mundo en «Sleeping-car.» Os quejáis de que todos los países se parecen,

sin notar que todos los hombres son diferentes.

TOM. Sí, la cantinela de la riqueza. Me la sé de memoria.

MÁX. Mírala ahí, por la ventana. Ahí está la riqueza. En estos prados, en esos bosques, en esas viñas, en aquel lago.

TOM. Por eso te afanas en conquistarla.

MÁX. Trato de procurarme lo que necesito. No se debe vivir á costa de los demás; ni de los vivos, ni de los muertos. (Pausa.) ¿Por qué vas á esa casa? Contestáme con la misma buena fe que te lo pregunto. No quiero forzarte; eres libre. ¿Por qué vas? ¿Estás enamorado de esa mujer?

TOM. (Riendo.) Quién sabe.

MÁX. Dímelo cara á cara... Sin reir.

TOM. Voy... á buscar fortuna.

MÁX. ¿Jugando? En el juego... que significa el desprecio del dinero,—como acabas de decir,—que es el signo de los hombres superiores. ¡Ah!...

TOM. No hablaba de mí.

MÁX. Se comprende.

TOM. ¡Sí, crees que yo mismo no me desprecio!...

MÁX. ¿Y yo?

TOM. Pero así me han hecho.

MÁX. Hazte tú mejor.

TOM. No sé.

MÁX. Apóyate en alguien que te enseñe á querer.

TOM. En tí, por ejemplo.

MÁX. Tal vez.

TOM. No nos entendemos.

MÁX. En tu hermana.

TOM. ¿En la Nena? ¿Tan bien la juzgas?

MÁX. Ya lo creo.

TOM. ¿La quieres mucho?

MÁX. La profeso estimación y me inspira lástima.

TOM. ¿Lástima? ¿Por qué?

MÁX. Por lo que tus relaciones la perjudican.

TOM. (Irónico.) ¡Ah! Ya comprendo el móvil que te guía; tu celo por mi salvación...

MÁX. Si yo pensase en casarme con tu hermana... aunque fueses un canalla de la peor especie,

el mayor de la tierra, me casaría con ella de todos modos.

TOM. Si te quisiera.

MÁX. Es claro.

TOM. Pero, ¿y si no te quisiera? ¿Eh? ¿Y si no te quisiera? ¿Qué ibas á hacer? ¿Dí? ¿Y si no te quisiera?... ¡Y no te querrá!... ¡Somos de raza diferente!... ¡Adiós!

MÁX. (Sujetándole irónico.) Dicen que la Orloff busca un segundo marido... ¿Por qué no te adelantas?

TOM. Es una idea. (Entra Irene.)

ESCENA X

DICHOS é IRENE que sale de su habitación

MÁX. Deten á tu hermano... He hecho cuanto he podido. Me lavo las manos.

IRENE Y yo también.

TOM. ¿Tú?

IRENE Sé demasiado á dónde vas. ¡Vaya un mérito! Pasa por aquí todos los días con su lacayo. No sé quién es, pero no debe ser gran cosa cuando no te has atrevido á decirme que era ella quien te convidaba... Has tenido necesidad de mentir.

ESCENA XI

DICHOS, JULIA y JUAN

JULIA (Entrando.) Nena, prepárate; esta noche te llevo al concierto del Círculo.

IRENE ¿A mí?

TOM. ¿Qué?

JULIA No se me había ocurrido. Es idea de tu padre. No me parecía bien ir sola, y Tommy no es compañía. Mientras que bajo la salvaguardia de una señorita... Y tiene razón.

TOM. La Nena no va.

JUAN ¿Qué dices?

TOM. Dispensa, pero tú no conoces...

JUAN ¿El qué? Explícate.

TOM. Es un sitio donde... No es una sociedad...

JULIA ¿No es una sociedad respetable? Que lo diga Max que conoce bien Ginebra.

TOM. Que lo diga Max.

JULIA Pregúntaselo á Max. pregúntale. (A Máximo.) Dílo tú.

MÁX. ¡Ah! ¡ya! ¿yo soy Max? Como nunca habían poetizado mi nombre de esa manera, no me daba por aludido. Es una sociedad tan alegre como respetable.

JULIA (A Juan.) ¿Lo ves? (A Tomás.) ¿Y tú, por qué lo decías?

TOM. Lo digo por la Nena.

IRENE ¿Sólo por mí?

TOM. Si tú has dado permiso á mamá para que vaya. (A Juan.)

JUAN No he dado permiso. Me lo ha dicho como cosa corriente. Me ha dicho que no costaba un céntimo y que le era conveniente para dar salida á sus cuadros.

TOM. Bien; mamá es una artista, trabaja con ardor.... produce... y el trato con los artistas puede ayudarla. . ¡pero mi hermana...!

IRENE Si puede ir ella, también puedo ir yo. No veo la diferencia. O está mal ir, y te opones por ella también... ó no está mal y puedo acompañarla.

MÁX. Eso es; eso es.

TOM. (A Irene.) Ya sabes tú...

JUAN ¿Qué sabe la Nena? Yo también lo quiero saber. No tolero reticencias. Habla.

TOM. Quiero decir, que en nuestras circunstancias...

JULIA ¡Nuestras circunstancias! Son las mismas para tí.... y tú frecuentas... otra clase de gente peor.

JUAN (Estupefacto.) ¡Tomás!

JULIA ¿No vas hoy á comer á casa de la Orloff?

JUAN ¿Quién es esa señora?

JULIA Es... una...

JUAN ¡No te pregunto á tí! (A Máximo y Tomás.) ¿Quién es esa señora? (Pausa.) ¿No contestáis? ¿Seré yo el único que lo ignora en mi casa?

IRENE (Impetuosa.) Mas valía que te enterases.

JULIA ¿Qué modo de hablar es ese, niña?

JUAN ¿Cómo quieres que me entere desde mi guarida?... Estoy allí metido todo el día.

IRENE Pues sal. ¿No lo ves? Todo se viene abajo en esta casa.

JULIA Pero, ¿el qué se viene abajo? ¡Dilo claro!

JUAN ¡Calla!

JULIA Vivimos tranquilos... yo trabajo.

JUAN ¡Calla!

TOM. (A Máximo.) Ahora estarás contento.

MÁX. Ya lo creo.

IRENE Entérate, entérate y mándanos á todos... ¡Qué importa el dinero! Seré la criada, si es preciso. Pero lo que hace falta, es que pongas mano en todo... Como hacía falta en Milán.

TOM. ¡Nena!

JUAN Déjala, tiene razón... ¿Te acuerdas, Máximo, lo que te dije en Milán?... Soy un buey de labor, y nada más... ¡Los he arruinado... y no he sabido armarles contra la miseria!

IRENE ¡Papá!

JULIA (A Tomás.) Te está bien empleado.

JUAN Ya te lo decía, Máximo... soy un mal padre.

IRENE ¡No digas eso, papá!

JUAN Y tienes razón en echármelo en cara.

IRENE (Acercándose.) No, no... perdóname.

TOM. (A Máximo.) Llévame á casa de tu amigo. Acepto todo.

JUAN (Acariciando á Irene.) Sí, hija mía, sí... me quieres... ya lo sé... ya verás... déjame...; ahora... ahora quiero saber... quiero que Tommy me explique...

MÁX. Tomás... ha renunciado al mundo, como dice tu mujer. Yo te lo explicaré luego. En cuanto al Círculo...

JULIA ¿Y quién piensa ya en el Círculo? ¡Ganas tengo yo de divertirme!

JUAN Pero, ¿por qué no quería Tomás que la Nena fuese?

MÁX. Tenía razón... [redacted] hablaba de las condiciones en que estáis; Irene busca en donde poder dar lecciones, y cuando se supiera que pasaba las noches divirtiéndose... eso, podría perjudicarla. (Marta aparece en el foro.)

IRENE (Rápida á Marta.) ¿Vienes á poner la mesa? Yo la pondré. Vete. (Saca el mantel del aparador.)

JUAN (A Máximo.) Tenemos mucho que hablar.

MÁX. Cuanto quieras. (Juan se sienta, cabizbajo, junto á la ventana.)

MAX. (A Irene.) ¿Puedo ayudarte?

IRENE Si quieres... (Entre los dos disponen el servicio.)

JULIA (A Tomás.) Necesito escribir una carta.

TOM. Yo también... Pero, ¿quién las va á llevar?

JULIA Yo las mandaré. (Va á su cuarto..—Tomás escribe sobre la mesa pequeña.)

IRENE (A Máximo.) Mañana volveré á dar la lección.

MAX. Sólo creo en tí.

IRENE ¿Y en los demás? (Máximo sonrie con desprecio encogiéndose de hombros.—Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del anterior

ESCENA PRIMERA

JULIA, después IRENE

JULIA (Ante la puerta del cuarto de Irene.) ¡Nena!
IRENE ¡Mamá!
JULIA Dame la llave de la mesita.
IRENE ¿De cuál mesita?
JULIA De ésta. (Señalándola.)
IRENE ¿Para qué?
JULIA Dámela.
IRENE Dispensa, ¿para qué?
JULIA Para coger dinero.
IRENE ¿Hay que pagar alguna cuenta? Aquí estoy yo.
JULIA Nada de eso. Es para mí. ¿Tengo que darte explicaciones?...
IRENE No; puedes pedir lo que quieras á papá, y así nada tengo que saber. Pero ese dinero es para el gasto de la casa; me lo han confiado y para la casa será.
JULIA ¿Eres la dueña?
IRENE No: y justamente por eso no puedo disponer de lo que no me pertenece.
JULIA ¡Si te lo pidiese Tommy!...

IRENE Hace días que se lo ofrecí.

JULIA No digo...

IRENE Pero ya no lo volveré á hacer. He censurado la debilidad de los demás y no quiero incurrir en el mismo defecto.

JULIA Pues si crees que á él no le pareces ridícula con ese aire de importancia que te vas dando, te llevas chasco.

IRENE Ya he visto que os entendéis. Ahora eres, sin duda, su confidente.

JULIA Hay poco que confiar. Ha aceptado un trabajo ingrato y espera... ¿Lo dudas?

IRENE No. No comprendo por qué me huye. Se diría que oculta algo. Si trabaja, cumple su deber. Estoy persuadida de que todos debemos cumplir escrupulosamente el nuestro.

JULIA Y el tuyo consiste en ser mi institutriz, ¿eh? Desde hace ocho días no haces otra cosa. ¿Te lo ha ordenado nuestro amo y señor don Máximo?

IRENE ¿No tienes otra cosa que decirme?

JULIA Tengo que decirte que, si Máximo es para tí un modelo de todas las perfecciones, debías casarte con él de una vez.

IRENE ¿Y nada más?... Ahí viene papá. Entiéndetelas con él. (Entra en su cuarto.)

JULIA ¡Impertinente!

ESCENA II

JULIA y JUAN; éste con un paquete en la mano

JUAN Para tí han traído esto.

JULIA ¿Qué es?

JUAN No lo sé.

JULIA ¡Ah! Será el resto de mis estudios; los que no se hayan vendido.

JUAN ¿Pero has vendido algo? (Tratando de desatar el bramante.)

JULIA ¡Qué preguntas! Estaban incluídos en el catálogo del Círculo. ¡No tires así!

JUAN Dame las tijeras.

JULIA Desata el nudo. El bramante puede servir.

JUAN ¡Qué economía! (Coge las tijeras y corta.) ¿Cuántos eran?

JULIA Doce.

JUAN (Contando.) Tres, seis, nueve... Están todos.

JULIA ¡Imposible!

JUAN Cuéntalos.

JULIA Será una equivocación. Estaba en lista para las adquisiciones. Me lo dijo Helmer. Mandarán por ellos. Ya lo verás. (Los coloca sobre el aparador.)

JUAN Si crees que lo siento...

JULIA Eso es. A la primer apariencia de fracaso ya no te fías de mí.

JUAN No he confiado nunca. Y le doy gracias á Dios porque no eres un artista.

JULIA ¡Ah! ¿sí? Entonces comprenderás que debo tener otras ocupaciones. Soy tu mujer, y me corresponde el gobierno de la casa.

JUAN ¿Tú? En Milán, para las cosas grandes, Andrés el mayordomo se entendía conmigo, y para las pequeñas, Lucía con la Nena.

JULIA Porque una señorita debe aprender...

JUAN Eso es... y ya ha aprendido.

JULIA ¿Y debo estar sujeta á tu hija?

JUAN No estás sujeta á nadie. ¿Lo estoy yo?

JULIA ¿De modo que si quiero una taza de café tendré que pedir permiso á la Nena?

JUAN ¿Has tenido que pedirlo hasta ahora?

JULIA Si he hecho otras cosas, fué porque las creí útiles para todos. ¿No es eso?

JUAN Sí, sí.

JULIA Pero puesto que no sirvo, seré una criada más.

JUAN ¿Quién te prohibe que pintes?

JULIA Hacen falta entusiasmos... ¿Tú te alegras de que no me compren los estudios?... Muy bien; pues me quedo en casa con el libro de cuentas, un delantalito azul y en marcha.

JUAN Déjame, por Dios.

JULIA ¿Soy tu mujer? ¿Soy el ama de esta casa?

JUAN Y yo, ¿qué soy?

JULIA Yo me las entenderé con ella.

JUAN Déjala en paz; déjala...

JULIA Eso es. Te tiene acobardado á gritos. ¡Pues yo también gritaré!

JUAN Mira, Julia. Se me parte la cabeza. Estoy cansado, rendido. Enfermaré si me tratais así. Tú no sabes, no sabéis ninguno la vida que llevo desde hace tres meses. Tenlo todo, el dinero, las riendas de la casa, todo; pero, ¡que no haya disgustos, por caridad! ¡Dejadme en paz!

JULIA En esas condiciones... no los habrá. Pero se lo dirás á tu hija.

JUAN Sí, yo se lo diré.

JULIA En seguida.

JUAN ¡Por qué no se le habrá ocurrido á alguien comprarte esos benditos cuadros!...

JULIA (Llamando.) ¡Nena!

JUAN ¿Ahora?

JULIA Cuanto antes mejor. Ya verás cómo meto en cintura á todo el mundo.

ESCENA III

DICHOS é IRENE

IRENE ¿Llamabas?... ¿Ha venido Máximo?

JUAN Todavía no.

IRENE El tren llega á las nueve y son las once.

JUAN ¡Oh! Con la tempestad de anoche... puede que haya nevado en los Alpes. Habrá perdido el tren.

IRENE Habría telegrafiado.

JUAN O estará en Ginebra entretenido con algún asunto.

IRENE No; primero viene aquí.

JULIA Tu padre quería decirte...

JUAN Déjame á mí. (Coge aparte á Irene.) Julia desea llevar desde ahora en adelante el gobierno de la casa.

IRENE ¿Y tú consientes?...

JUAN Es un deseo legítimo...

IRENE Justo, y satisfecho en seguida. Ten. (Va hacia la mesa para abrir el cajón.)

JUAN (Siguiéndola.) ¿Te molesta?

IRENE No.

JUAN (Cariñoso.) Hazlo por mí. Así habrá paz.

IRENE Sí.

JUAN Nena mía, pobrecita...

IRENE ¡Qué bueno eres!

JUAN Ten prudencia.

IRENE No temas. (A Julia.) Aquí hay sesenta y tres pesetas y tres céntimos. Este es el cuaderno de la compra... éste el de cuentas.

JUAN El domingo iremos todos á Chamounix.

JULIA Ya era tiempo.

IRENE ¿Y á qué vamos?

JUAN Es cosa de Máximo, que inaugura el domingo el primer tramo de su ferrocarril. Estoy rendido, y dos días de descanso y de aire puro me sentarán bien. Lo necesito.

IRENE Tú sí, ¿pero y nosotros?

JUAN Me aburriría solo. (A Irene.) No te preocupes por los gastos, avariciosa... Fíate de este disipador. Cuando venga Máximo, que haga el favor de subir. (Sale.)

ESCENA IV

IRENE y JULIA

IRENE Se me olvidaba. Esta es la llave del cajón. Debes tenerlo cerrado siempre.

JULIA ¿Qué quieres decir?

IRENE La otra semana me faltaron treinta pesetas, y hace tres días eché de menos la cadenita de oro, aquella que me regaló la tía Irene... Estoy segura de haberla traído, pero como desde que estamos aquí no me la he puesto, sabe Dios cuando habrá desaparecido. Anteayer arreglé el cajón, y recuerdo perfectamente en donde lo puse todo; pues bien, ayer ya no estaba el marco aquel de plata para retratos..., ¿te acuerdas?

JULIA Me parece que sí. Un horror de feo. No me gusta.

IRENE De todos modos...

JULIA Con estos criados no se puede una fiar...

IRENE ¡Oh, no! Marta es muy buena muchacha.

JULIA ¡Quién sabe dónde lo habrás puesto!

IRENE No; me acuerdo muy bien. (Con ironía.) ¿Y á tí no te ha faltado nada?

JULIA ¿Por qué te ríes?... Qué sé yo... Yo me fío de todo el mundo.

ESCENA V

DICHOS, JUAN y HELMER STRILE

JUAN Aquí hay un caballero que pregunta por tí.

JULIA ¡Helmer!

HEL. Ruego á usted que me perdone si vengo á estas horas. ¿Quiere usted presentarme?

JULIA Ya lo creo. Juan... El señor... Helmer Strile, un gran maestro.

HEL. ¡Oh! caballero. (Se saludan.)

JULIA (A Irene.) Helmer Strile. La hija de mi marido. ¿Sabe usted que me han devuelto todos los estudios?

HEL. Precisamente por eso vengo. ¿Dónde están?

JULIA Aquí. (Se acercan al aparador.)

JUAN (En voz baja á Irene.) ¿Maestro de qué?

IRENE Es un pintor. Entre ellos se llaman maestros unos á otros.

JUAN ¿Ha venido otras veces?

IRENE A casa no.

JUAN ¿Te gusta?

IRENE A mí no.

JUAN Ni á mí. (A Helmer.) Si usted me lo permite...

HEL. Por mí no se moleste. (Saludos. Mutis de Juan.)

ESCENA VI

JULIA, IRENE y HELMER. Irene coge un libro y va á sentarse junto á la ventana

HEL. Debían estar incluídos en la lista de compras, pero dicen que como solo hace tres meses que está usted aquí, puede usted esperar...

JULIA — ¿Esperar?... Dejaré el arte...

HEL. — No blasfeme usted. El arte no puede abandonarse; se lleva dentro de la sangre. Por fortuna un amigo mío los ha visto, le han encantado y me ha encargado la compra.

JULIA — ¿De todos?

HEL. — Por ahora de uno ó dos. De dos. Para las condiciones me dirigiré al secretario del Círculo. Entre nosotros no se puede tratar de esas cosas.

JULIA — ¿Oyes, Nena?

HEL. — Sí.

JULIA — He vendido dos estudios, quiero que te enteres.

IRENE — ¿Quién los ha comprado?

HEL. — (Ligeramente turbado.) Un... compatriota mío. Un gran aficionado.

IRENE — Ya.

HEL. — (En voz baja á Julia.) No la veo á usted... He venido dos mañanas...

JULIA — ¿Ha estado usted? (A Irene.) Si me hicieras el favor de traerme un estudio que tengo empezado... Está encima de la caja de colores... ¿Sabes? Ten cuidado, que está fresco.

HEL. — Si yo supiera donde... (Irene sale sin hablar.)

ESCENA VII

JULIA y HELMER

JULIA — Tengo un pequeño recuerdo para usted. (Corre á su habitación. Helmer contempla los estudios.)

HEL. — ¡Bah! Con cien francos...

JULIA — (Vuelve á salir con un retrato dentro de un marco de plata, envuelto en un papel y se lo entrega á Helmer.) Al maestro y al amigo.

HEL. — ¿Su retrato de usted? Está usted muy bien. Deliciosa... ¡Y qué lindo marco! ¡Qué bien encuadra su divina cara el candor frío de la plata!... ¡Precioso! Gracias. (La besa la mano.)

JULIA — Envuélvalo usted en seguida... no sea que venga. . (Envuelve otra vez el retrato. Helmer lo guarda en un bolsillo.) Desde hace ocho días no

me dejan salir sola. Siempre viene conmigo. Le vi á usted la otra mañana, quise bajar, pero ella estaba aquí espiándome... ¡Qué vida llevo!

HEL. Me he acostumbrado á trabajar con usted. Si me falta usted al lado me creo que el universo entero se desvanece... Los objetos pierden su forma y su color y no puedo pintar.

JULIA ¡Qué remedio!

HEL. Y he encontrado un rincón admirable. Al otro lado del lago... Un sitio patético y solemne.

JULIA No me lo diga usted.

HEL. Pero, ¿es posible que no consiga usted lilibrarse un momento?... Quisiera que lo viese usted.

JULIA ¿Dónde es?

HEL. No; quiero enseñárselo á usted yo mismo.

JULIA Es imposible.

HEL. Me ha robado usted la calma.

JULIA No puedo oirle á usted hablar así. ¿Está lejos?

HEL. No .. Vendría con nosotros mi viejo compañero. ¿Espero?

JULIA Bien quisiera... No me pregunte usted más. No soy libre.

HEL. ¿Pero esa señorita no sale nunca?

JULIA Dos veces por semana para dar lecciones. Mañana va.

HEL. ¿Mañana? ¿La espero á usted en el Círculo? ¿A qué hora?

JULIA No, no; mañana no quiero.

HEL. ¿Por qué?

JULIA Es viernes. En viernes nunca. Mal agüero.

HEL. ¿Cuándo? ¿el sábado?

JULIA No sale.

HEL. ¿Y el domingo?

JULIA ¿El domingo?... Tal vez... pero silencio. Aquí viene. Hable usted alto.

HEL. Los realistas no quieren comprender que el símbolo de la pureza lilial...

ESCENA VIII

DICHOS é IRENE. Irene entra en silencio y va á sentarse de nuevo junto á la ventana

JULIA ¿Y eso?

IRENE No había ninguna tabla ni abocetada ni sin abocetar.

JULIA ¿No la has encontrado? Estaba en la cajita.

IRENE Me dijiste que encima de la caja grande de colores, pero he buscado en todas partes y no había nada...

JULIA Es extraño... porque...

IRENE ¡Mamá!

HEL. ¿Puedo llevarme ahora esos estudios?

JULIA Como usted quiera. ¿Los envuelvo? (Cogiendo dos.) ¿Estos?

HEL. Todos son iguales... Escoja usted.

ESCENA IX

DICHOS y MÁXIMO

MÁX. Retrasado, pero aquí estoy.

JULIA ¡Hola, Max!

MÁX. Buenos días, tía. (A Irene.) ¿Cómo estás?

IRENE Esperándote.

MÁX. Gracias. (Viendo á Julia con los dos estudios en la mano.) ¿Son tuyos esos cuadritos?

JULIA No te gustarán.

MÁX. Déjamelos ver... Me gustan.

JULIA ¿De veras?

MÁX. De veras. Pero mis elogios no tienen valor.

HEL. El arte se siente, no se razona.

MÁX. Perdone usted; yo sí razono. Me gustan las pinturas que no entiendo y me gustan por eso mismo, porque no las entiendo.

HEL. La penetración de lo oculto...

MÁX. ¿Eh?

HEL. Digo, la penetración de lo oculto.

MÁX. Eso es. Los cuadros que hablan claro son

siempre lo mismo... Un bosque, un prado, el mar...; y yo no estoy siempre dispuesto á deleitarme contemplando un bosque, un prado ó el mar. En cambio en estos veo lo que se me antoja, según el humor. ¿No es eso?

IRENE — Muy bien. Entonces las mejores pinturas son las manchas de las paredes.

HEL. — ¡Oh!

MÁX. — Es cierto. Por las mañanas, al despertar, las miro y veo nubes, dromedarios, grutas, un emperador, una foca...

JULIA — (Con desprecio.) Arte económica. (Extiende un papel grande sobre la mesa para envolver los estudios.)

HEL. — (Sacando el retrato.) Espere usted... Póngalo también.

JULIA — (En voz baja.) Cuidado. (Helmer envuelve el paquete.)

MÁX. — (A Irene.) Creí que no llegaba. ¡Vaya un tiempo!...

JULIA — Ayer por la tarde y por la noche...

MÁX. — El Arve se ha desbordado arrastrando dos puentes, arrasando las casas... Ha habido tres ahogados.

JULIA — ¿Tres muertos?

MÁX. — En medio minuto. Entre los remolinos de la corriente impetuosa... ¡Horrible! Ya lo verás todo el domingo cuando vayamos á Chamounix.

JULIA — Me parece que yo no iré.

IRENE — ¿Pues no decías antes?...

JULIA — Lo he pensado mejor. (Helmer ata torpemente el paquete, lo levanta para pasar una vuelta de bramante y deja caer al suelo el retrato. Máximo lo recoge, pero Julia rápidamente se lo quita de las manos. Irene lo ve y prorrumpe en una carcajada.)

MÁX. — (A Irene.) ¿Qué es?

IRENE — (Riendo.) Nada.

JULIA — (Ata el paquete furiosamente.) Así no se volverá á caer. (A Helmer.) Le acompañaré hasta la puerta.

HEL. — Gracias. Señorita... Caballero... (Saluda y hacen mutis ambos.)

ESCENA X

IRENE y MÁXIMO. Después JULIA

MÁX. ¿Pero quieres explicarme?...

IRENE Me da asco... Se ha hecho comprar dos mamarrachos por ese otro ridículo que la hace la corte. Ha comprendido, como yo, que era él mismo el comprador... que se estaba muriendo por confesarlo... Me han hecho salir con un pretexto de colegiala, y aunque no sé lo que habrán combinado mientras, me lo figuro, porque ella, que antes estaba loca por ir el domingo á Chamounix, ahora dice que lo ha pensado mejor... ¡Ah! ¡qué miserable! ¡Y me he pasado una semana detrás de ella desempeñando el odioso y estúpido oficio de un perro de muestra... ¡Figúrate! una muchacha de mi edad convertida en centinela de la virtud de su madrastra... ¿Te sorprende que hable así? ¿Qué quieres? ¿que no me entere de lo que veo? ¡Ah! Todo lo que en el teatro nos parece comedias, sucede luego aquí dentro de las casas... ¡Y encima me ofenden! Dime, dime la verdad. Dí que te parezco un ser corrompido y grotesco... ¡Qué pena! ¡Qué miedo!.. Dí; ¿qué piensas de mí? ¿Qué piensas de mí?

MÁX. Nada... Estoy aprendiendo. Caigo ahora en la cuenta de que mi modo de vivir me ha impedido saber muchas cosas que ahora veo. Pero lo que pienso de tí, no puede disgustarte. Creo muy saludable tu enojo.

IRENE No puedo más .. Si tú supieras las ideas que me asaltan á veces... Tampoco Tommy me quiere... Tommy, que tiene un sentimiento tan exquisito de la elegancia, debe haber encontrado tan míseras, tan cursis mis pretensiones y mi conducta, que se ha puesto al lado de mi madrastra contra mí... Ellos se entienden, y cuando me ven, callan y me miran á hurtadillas.

MÁX. ¿Tienes celos?

IRENE Menos de lo que hubiera creído.

MÁX. Eso es orgullo.

IRENE Tú tampoco me entiendes. . No es eso. Pero estoy triste... (Pequeña pausa.) ¿No sabes nada de Tommy? ¿Nada nuevo?

MÁX. No. ¿Qué pasa?

IRENE No sé.

MÁX. ¿Sigue trabajando?

IRENE Creo. Se va todas las mañanas, vuelve á comer, se marcha de nuevo hasta la hora de la cena, pero parece descontento... Yo he hecho cuanto he podido para infundirle buen deseo... alegría, buena voluntad... Un día me dijiste tú que la voluntad todo lo puede.

MÁX. Cuando está bien aplicada.

IRENE ¿Tú crees que podrás conseguir siempre todo lo que quieras?

MÁX. Casi siempre. Con tiempo y callando.

IRENE ¿Crees que yo también podré?

MÁX. Creo que sí... En cuanto no sea absurdo. Como, por ejemplo, si quisieras hacer un hombre fuerte de Tommy... que tiene un sentimiento tan exquisito de la elegancia... Además, en tí todavía hay discordia entre los instintos... ó mejor, entre la costumbre y la razón.

IRENE No me entiendes.

MÁX. De todos modos no canses tu voluntad en empresas vanas. Quien quiera perderse que se pierda... ¿Qué quieres conseguir de tu madrastra? Tu padre la conoce mejor que tú, y sólo la pide que no le distraiga en su trabajo.

IRENE ¿Pero no te subleva...?

MÁX. ¿Quieres sublevarte contra las hojas secas que el viento esparce? Recógelas, si puedes. ¡Giran con tal gracia y tanta ligereza... y no se sabe dónde van á parar! En cuanto á esa gente, no acabará nunca de decidirse. Ninguno cometerá la bribonada definitiva. Revolotean de vileza en vileza, confundidos en la vileza universal... Cualquier día al volverte á mirarlos, no los encontrarás.

IRENE Y eso piensas de Tommy...

MÁX. No lo sé aún. Quería haber pasado por casa de mi amigo para que me diera noticias, pero con el retraso del tren no he podido. Le he telegrafiado desde la estación, y aquí me contestará. Ya veremos. (Julia entra por el foro.)

IRENE (Al verla, á Máximo.) Papá te aguarda en su despacho. Si sabes algo avísame. (Mutis de Máximo.)

ESCENA XI

JULIA é IRENE

JULIA ¿Le has dicho que se vaya para quedarte sola conmigo?

IRENE No. Papá me encargó que se lo dijera.

JULIA ¿Se puede saber cuál era el motivo de tu risa inconveniente? (Irene se dirige á la puerta.) Ven aquí.

IRENE Es mejor que me dejes marchar.

JULIA Sé lo que piensas. ¡Si no hubiese más que un marco de plata en el mundo!

IRENE No hablemos de eso. Ni te pregunto nada ni quiero saberlo.

JULIA ¿Creías que era el tuyo?

IRENE No hablemos más. Déjame. Me repugna. Era el mío. Lo he visto bien. Sospechaba antes de hablar contigo; después tuve la certeza. Ayer te ví entrar en mi cuarto. Salí al huerto y me puse á cantar disimulando, volví después y ví abierto el cajón. Por eso te lo he dicho hoy, para que comprendieras que lo sabía. Por eso no quiero hablar más del asunto.

JULIA Estás inventando. No es cierto que yo haya entrado en tu cuarto.

IRENE Tommy te vió salir.

JULIA Habré abierto la puerta buscándote.

IRENE Si te gustaba podías habérmelo pedido.

JULIA No me gustaba.

IRENE — Después de todo para el uso que le has destinado...

JULIA — ¿Qué uso? ¿Ahora sales con otra? ¿Qué uso? Quería demostrar mi gratitud á quien se ha tomado la molestia de enseñarme, y por eso he regalado ese retrato, pero con un marco mío... Ya ves cómo te lo digo... ¡Porque es una cosa inocente! ¡Sí! Era un retrato mío; ya ves cómo te lo digo, porque tú no lo sabías.

IRENE — Me lo había figurado.

JULIA — ¡Te figuras tú unas cosas!...

IRENE — Más de lo que tú te crees.

JULIA — ¡Bah! Hace ya tiempo que andas detrás de mí. ¡Bonito respeto me tienes! Y si he fingido que no lo notaba, no ha sido por tí, sino por consideración á tu pobre padre.

IRENE — (Con amarga sonrisa.) ¡Ya!

JULIA — Pero ahora que te has atrevido á pensar mal de mí quiero que se sepa todo. ¡Luz, mucha luz!

IRENE — Pero...

JULIA — Que se sepa todo. Pruebas, es lo que hace falta. ¿Me acusas? ¡Vengan pruebas! Tu padre juzgará.

IRENE — Te ruego...

JULIA — ¿Tienes miedo, eh?

IRENE — ¿Miedo? ¿Yo?

ESCENA XII

DICHOS y TOMÁS

IRENE — ¡Ah! Tommy, ven, ven aquí, no puedes llegar más á tiempo.

TOM. — ¿Qué sucede?

JULIA — Que tu hermana me acusa de revolver sus cajones y dice que tú me has visto coger...

IRENE — No, coger no. Tú negabas haber entrado en mi cuarto, y yo te he dicho que Tommy te vió salir.

TOM. — ¿Pero qué disputas son estas? Vaya. Yo no sé nada.

IRENE ¡Tommy! ¡Contesta! ¿Quieres que crean que miento? Ayer te encontré al volver del huerto... Te pregunté,—me acuerdo bien que te pregunté con el tono más indiferente del mundo, porque no quería ponerte en autos,—si habías visto á mamá. No quería entrar y encontrármela dentro todavía... y tú me respondiste... (Tomás permanece impasible mirando al techo.) ¿No es cierto?

TOM. No me acuerdo.

JULIA (Triunfante.) ¿Lo ves?

TOM. (Bajo á Julia.) ¡Calla!

IRENE ¿No te acuerdas ni siquiera de haber sido tú el primero en inducirme á dudar?...

TOM. ¿A dudar?...

IRENE Se te habrá olvidado todo... Tienes la memoria tan frágil...

TOM. Acabemos ya.

IRENE No; para que veas hasta dónde llegan mis mentiras... hace ocho días, el jueves te dige que ciertas treinta pesetas...

TOM. Tú sueñas.

IRENE (A Julia, con lágrimas en la voz.) Perdóname. Soy una embustera.

TOM. (En vóz baja á Julia.) Te ruego...

JULIA Basta. Así aprenderá y aprenderemos todos. (Mutis á su habitación.)

ESCENA XIII

IRENE, TOMÁS, depués MÁXIMO

IRENE (Después de una pausa.) ¡Pobre Tommy! ¡Cuánto habrás sufrido!

TOM. (Conmovido, conteniendo á duras penas el llanto y amargamente.) ¡Eres lo que más amo en este mundo!

IRENE Lo sé.

TOM. Déjame. No me digas nada. No me hables. (Se sienta junto á la mesa, con la cabeza entre las manos.)

MÁX. (Por el foro con un papel en la mano.) ¡Nena! (Tomás hace un movimiento para levantarse y salir.)

IRENE (A Tomás.) Espera. Ahora se irá. (Tomás vuelve á su primer postura. Llevando aparte á Máximo, en voz baja.) Déjanos un momento... ¿Qué te pasa? Estás pálido.

MÁX. (Le da un telegrama) Lee. Es de mi amigo... Aquel en cuya fábrica estaba empleado tu hermano. (Irene lee con creciente y dolorosa sorpresa. Recoge el telegrama.) ¡Solo ha ido un día! (Se dirige hacia Tomas.)

IRENE Déjale. No le digas nada. Déjame á mí. ¿Se lo has dicho á papá?

MÁX. No me he atrevido.

IRENE Espérame en el prado. Yo te llamaré.

MÁX. Bueno. (Mutis.)

ESCENA XIV

IRENE y TOMAS

IRENE (Levanta la cabeza de Tomás y le besa en la frente.) ¿Qué va á ser de tí? ¿Qué va á ser de nosotros?

TOM. ¿Qué quería Máximo?

IRENE Enseñarme un telegrama de su amigo... No has ido más que un día...

TOM. (Levantándose, se aleja de ella) Es verdad...

IRENE Ven. Ven aquí. Hablemos.

TOM. ¿Para qué?

IRENE ¡Oh! Para nada. Para sufrir juntos un poco más. ¿Y mamá lo sabía ya? (Tomás con un signo de cabeza afirma.) ¿Era tu confidente?

TOM. No; se lo ha figurado.

IRENE Yo no. Nunca me lo hubiera imaginado. ¿Y dónde vas cuando sales de casa? ¿En dónde te pasas tantas horas? Dímelo. Habla; puedes decírmelo todo. ¿Vas á casa de esa señora? ¿Estás enamorado? (Tomás niega con un movimiento.) ¿Sólo has ido un día? ¿Te cansabas? ¿Te sentías humillado?... ¿Eh? Como yo el día de mi primer lección... ¿Te parecía un oficio mezquino, ó ya pensabas desde el primer día en no volver?

TOM. ¡Si supieras la pena que me da sólo el oir el timbre de tu voz!...

IRENE Lo creo... á mi me pasa igual. ¡Estábamos tan unidos!... Si te pierdes... me pierdo yo también... Es la primera vez en la vida que no he sabido adivinar tus pensamientos... ¡Nos llevábamos tan bien! ¿Te acuerdas cuando se casó papá? Ni tú ni yo nos dijimos ni una palabra, pero desde aquel día tú me sacabas á paseo todas las mañanas... Me mimabas tanto. . Eras tan bueno... (Pausa.) Dime, ¿desde el primer momento pensaste en no volver? ¿Desde que le digiste á Máximo que aceptabas?

TOM. ¿Para qué me mortificas? ¿Por qué me preguntas?

IRENE No sé... Me parece que todo depende de eso.

TOM. No te entiendo.

IRENE Creo que todo el porvenir estriba en ese punto. Me parece la pregunta más importante que te puedo dirigir. No sé explicarme...

TOM. Es extraño que me preguntes una cosa en que tantas veces he pensado en estos días... Es decir, en que he querido pensar... Cuando acepté estaba persuadido de que esa era mi voluntad... Si te fijas recordarás que me puse á escribir una carta para que no me esperasen en la casa en donde me habían convidado á comer... y mientras escribía me parecía oír una voz interna irónica: «Ya tienes un pretexto...» Y me sorprendía que no me hubiese costado mayor esfuerzo decidirme... y al mismo tiempo, me argüía diciéndome... ¡Bah! Cuando llegue el momento tendré la fuerza de voluntad necesaria... y fuí. El amigo de Máximo me acompañó por toda la fábrica; después me condujo al escritorio y me dió trabajo... Dos ó tres cartas... nada. No me fatigué, no me aburrí, no tuve ningún disgusto... pero al día siguiente no volví.

IRENE ¿Estuviste luchando?...

TOM. No. Ni siquiera pensé en no volver. No fuí.

IRENE ¿Y qué vas á hacer?

TOM. No quiero pensarlo.

IRENE ¿Puedes dejar de pensar?

TOM. No tengo gran imaginación. Me veo por dentro como en un espejo. Como contemplaría á una persona indiferente. Sé lo que sucederá. No haré nada para que suceda, ni para evitarlo. Me abandono á la corriente.

IRENE (Como prosiguiendo sus propios pensamientos.) A la corriente del Arve, arrasadora... entre los remolinos...

TOM. ¿Qué dices?

IRENE Nada... recuerdo las palabras de Máximo.. Has hablado de la corriente... y... no hagas caso; cosas mías.

TOM. Y papá... ¿lo sabe?

IRENE Todavía no... (Pausa.)

TOM. ¿Sufres viviendo con Julia?

IRENE ¡Oh! Ahora no.

TOM. Es inconsciente... Rodará como yo, de caída en caída...

IRENE No puedes censurarla. Es tu aliada.

TOM. ¿Tanto me desprecias? (Irene no contesta.) Y eso que no sabes aún... Si tú supieras... ¿Quieres que te lo diga todo? ¿Quieres? ¿Como en otros tiempos?

IRENE Sí, dímelo. Hay que decirlo todo. Cuanto más trabajo te cueste más pronto me lo debes decir. ¡Quién sabe! Habla.

TOM. Me acuerdo ahora de unos versos de Metastasio: *Voce dal sen fuggita...* (Sombrío y violento.) Debo dinero á una mujer. ¿Comprendes? Mucho... No se lo he pedido y...

IRENE No te disculpes.

TOM. Es cierto. Hay que decir la verdad. Lo malo y lo bueno. Me lo ofreció... insistió; perdía, quise recuperarlo. Hubiera dado diez años de vida por encontrarlo y... lo hallé facilmente.. Todo ha sido fácil en mi vida. Fácil desde el principio, y luego, y siempre fácil. Fácil la vida, fáciles las relaciones y la amistad, fáciles los placeres, fácil la benevolencia, fácil la piedad y los vicios... sólo una cosa me ha sido difícil: La voluntad... pero

como no la necesitaba... Hasta hace tres meses, la voluntad para mí, era la costumbre ó el capricho... y cuando la he necesitado... cuando he querido tenerla...

IRENE Estaba enmohecida.

TOM. Más aún... rotas todas las ruedas de su mecanismo.

IRENE La única ventaja de tu estado, consiste en, que si no tienes voluntad para buscar el bien, tampoco la tendrás para buscar el mal.

TOM. ¡Oh! El mal... No hay que buscarle... Ya habrá quien me lo busque.

IRENE ¿Cuánto debes?

TOM. Es inútil.

IRENE Si escribiésemos á la tía que es tan rica...

TOM. Me enviaría un alfiler de corbata.

IRENE Se lo pediré á Máximo.

TOM. Te lo daría, seguramente... pero, ¿y después? volvería yo empezar, y... más vale dar la zambullida de una vez.

IRENE (Mirándole con espanto.) ¡La zambullida!

TOM. (Riendo.) No en el agua... ¿Has creído que hablaba de matarme? ¡Bah! Nosotros no somos de esa casta.

IRENE (Sombría.) ¿No, eh?

TOM. La zambullida en los millones. Pago casándome con ella...

IRENE ¿Tú?... ¡Con esa mujer!

TOM. Se lo he prometido. Dentro de ocho días.

IRENE (Más sombría.) Te juro que dentro de ocho días no te casarás con ella.

TOM. ¿Quién me lo va á impedir?

IRENE (Con voz sorda.) Ya veremos.

TOM. Mira que si Máximo me dice una sola palabra...

IRENE No... no te la dirá.

TOM. También te aconsejo que no le digas nada á mi padre... Sería inútil darle un disgusto antes de tiempo... Si lo supiese... tendría que irme de casa inmediatamente. Soy libre, y cuando ya no tenga remedio... nos marcharemos de aquí... y entonces se enterará. (Dirigiéndose á la puerta.)

IRENE ¿Dónde vas ahora?

TOM. Allí.
IRENE Adiós, Tommy.
TOM. (Vuelve conmovido.) ¿No volverás á dirigirme la palabra? ¿eh? ¡Nena!
IRENE No sabes lo que te dices... Adiós, Tommy; adiós, pobrecito mío. (Tomás sale precipitadamente para ocultar su emoción.)

ESCENA XV

IRENE, después MÁXIMO. Irene permanece inmóvil junto á la mesa. Con movimiento inconsciente, tamborilea, con los dedos, sobre el tablero. Mira alrededor suyo, con mirada incierta

IRENE Todos se van... todo se derrumba... todo... Se acabó. (Se pasa, repetidamente, la mano sobre la cabeza como acariciándose el cabello.) Esta noche...
MÁX. Le he visto marcharse y no me has llamado.
IRENE Dispénsame... ¿Sabes?... ¿Sabes que se casa con esa mujer?
MÁX. ¿No has podido disuadirle?
IRENE Ni lo he intentado. . ¿Para qué? Así se pudre todo en esta casa... Es la gangrena.
MÁX. Tu hermano no es toda la casa.
IRENE ¡Oh! ¡Lo que queda...! Julia se va también por su camino... Hoy he visto claro muchas cosas. Ha sido un día repleto de enseñanzas.
MÁX. ¿Y tú padre?
IRENE Sí... es cierto. (Abstraida.)
MÁX. Tan honrado, tan bueno..
IRENE Es verdad... Quisiera ponerme de rodillas ante él con las manos cruzadas, y que pudiese comprender cuánto le quiero... Pero hay momentos en que las verdades surgen inexorables... y es preciso reconocer que es muy débil.
MÁX. No es eso.
IRENE No tiene la energía que vence las cosas y domina las almas. Tú eres más fuerte que él, mil veces.
MÁX. No lo creas. Yo tengo la energía que emprende. El, la que resiste; la más difícil, la que menos alegrías produce.

IRENE ¡Ay, Máximo, si tú supieses cómo me mortifica hablarte de esas cosas...! Son pequeñeces. Pero es preciso que las sepas, porque sólo tú vas á quedarle al pobrecito.

MÁX. ¿Yo sólo...?!

IRENE Esta mañana, me ha quitado el gobierno de la casa para entregárselo á Julia... Me río, al pensar lo que te estoy contando... ¡Estoy tan lejos de todo ello! Me lo ha quitado, y no me importa, pero después, en seguida, vino casi á disculparse, diciéndome, en voz baja, que siguiera vigilando. (Ríe.)

MÁX. ¡Qué orgullosa eres!

IRENE ¡Oh, no! ¡Pero significaba tanto para mí...! La menor sombra, la más ínfima falta en él, me hiere y me duele más, que el mayor delito en los demás... Hasta ahora hemos podido ir viviendo gastando lo justo, pero desde hace un mes, consumimos más de lo que gana, con tanto trabajo, mucho más... y se lo he dicho... y se ha echado á reir... ¡Miseria! Miserías mías, el pensarlo y el decirlo, pero todo se rompe, se derrumba... La ruina... la gangrena. . (Con sorda voz y entonaciones de ensueño.—Pequeña pausa)

MÁX. ¿Quieres ser mi mujer, Irene?

IRENE No acepto limosnas.

MÁX. ¿Quieres?

IRENE No.

MÁX. ¿No puedes quererme?

IRENE No es por eso. No creo que tú me quieras... No creo que hayas podido bajar hasta mi alma.

MÁX. ¡Oh!... Hasta el fondo.

IRENE ¿Sí?

MÁX. ¿Qué te sonríe allá dentro de tus pupilas?

IRENE ¿Te lo parece?... Gracias de todos modos, Máximo. (Larga pausa.) ¿Vuelves esta noche á Chamounix?

MÁX. (Con esfuerzo visible pero dominándose.) Por fuerza. Tengo mucho que hacer. ¿Por qué me lo preguntas?

IRENE Por nada. (Máximo se dirige á la puerta.) ¿Te vas?

MÁX. Sí. Necesito salir... andar...

IRENE ¿Quieres que te acompañe?

MÁX. No. Necesito estar solo.

IRENE ¿Te vas ofendido?

MÁX. No. Voy á pasearme... bajo los árboles... al campo. (Sale.)

IRENE (Pausadamente, con gran tristeza.) ¡No me ha comprendido!... (Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La decoración del anterior

ESCENA ÚNICA

Es de noche, con luna, pero los rayos de ésta no entran en la habitación porque están cerradas las persianas. Sobre la mesa hay una lámpara encendida, con pantalla verde. JUAN está escribiendo. IRENE sale cautelosamente de su habitación

JUAN ¿Eh?... (Vuelve la cabeza hacia la puerta y escucha. Irene permanece inmóvil, rígida junto á la pared.) ¡Nada! (Vuelve á escribir. Irene, andando sobre las puntas de los pies, pasa rápidamente. Contempla, deteniéndose un momento, á su padre y le envía un beso con la mano. Se dirige á la puerta de salida y trata de abrir; rechina el picaporte.) ¿Pero quién es?... (Se levanta.) ¿Quién es? (Levanta la pantalla. Irene ha abierto la puerta, ha salido y va á cerrar.) ¡Nena! (Sale, la coge por la mano y vuelve á entrar con ella.) ¿Qué es esto? ¿qué pasa? ¿dónde vas?

IRENE (Lleva una nube obscura á la cabeza. Está agitadísima.) No podía dormir... Iba á respirar el aire puro...

JUAN ¿Estás enferma?

IRENE No; estoy buena... el calor... no sé... Necesitaba aire...

JUAN ¿Qué tienes? ¿qué tienes?

IRENE No sé... Necesito aire... Déjame salir.

JUAN — Ven aquí. (*La conduce junto á la gran ventana, abre de golpe las persianas. Entra la luz de la luna que ilumina la habitación.*) Siéntate. Aquí corre todo el aire que necesites... y fresco... ¿No sientes frío?

IRENE — No.

JUAN — ¿Quieres un poco de cognac? (*La pone una mano sobre la frente; la pulsa.*) Te laten las sienes... ¿No estás bien?... ¿Quieres una taza de tila? ¿Llamo á mamá? ¿Llamo á Marta?

IRENE — No; no llames á nadie... no necesito nada... estoy bien.

JUAN — Estás temblona... tiritando.

IRENE — Estoy bien, te digo. Me sofocaba en mi cuarto. (*Llora convulsivamente y se arroja en sus brazos.*) ¡Papá, papá!

JUAN — ¿Qué es eso? ¿qué tienes?... ¡Me das miedo!... ¡Nena! ¡Nena!

IRENE — (*Entre sollozos.*) ¡Déjame!

JUAN — Llora, llora; sí, llora, hija mía. Eso te hará bien. Luego me dirás... (*Irene se tranquiliza y mira alrededor suyo como sorprendida.*) ¿Se te va pasando? Eso es nervioso. Estate ahí quietecita. ¿Te habías acostado ya?

IRENE — No. He estado mucho tiempo asomada á la ventana.

JUAN — ¡Estabas tan buena!... En la mesa has comido bien .. Cuando se marchó Máximo, estuviste bromeando á propósito de nuestra gira á Chamounix... Le has hablado á mamá con tanta dulzura... que yo estaba casi contento... ¿Estás mejor? ¿Te duele la cabeza?

IRENE — No.

JUAN — Sentías que Tommy no haya venido á cenar, ¿eh? ¡Pobrecillo!... Me gusta que tenga un día de esparcimiento; para eso trabaja. ¿Sabes quiénes son los amigos que le han invitado á comer?

IRENE — No.

JUAN — Julia me ha dicho que eran unos amigos de Milán.

IRENE — Esos serán.

JUAN — ¿No ha vuelto todavía?

IRENE No.

JUAN ¡Hace tan buena noche!...

IRENE (Como hablando consigo misma.) Estaba en la ventana... esperándole.

JUAN ¿Le esperabas?... ¿Tienes que hablarle?

IRENE No... Esperaba que volviera... y temía encontrarme con él.

JUAN ¿Qué temías?

IRENE (Comprendiendo que ha dicho algo sin querer.) No; no quería decir eso.

JUAN Tienes la cabeza débil.

IRENE Sí, eso es.

JUAN ¿Sabes lo que tienes? El temporal de la otra noche... Yo también he estado malucho... Cuando me diste las buenas noches, me pareció verte algo extraño en los ojos, te brillaban de un modo...

IRENE Ya estoy mejor. Me voy á mi cuarto.

JUAN Voy contigo.

IRENE (Rápidamente.) ¡No, no!

JUAN (Sonriente.) Vaya un modo de contestar á su padre. ¡Qué «no»...! ¿A papá? Vaya un tono, señorita. No, ¿eh? Pues yo digo que sí. Vamos.

IRENE No; me quedo.

JUAN ¿Qué habrá en tu cuarto que yo no pueda ver? Quién sabe qué terrible misterio... Los nervios, hija mía, los nervios. Anda, échate aquí un poquito. (La acuesta sobre la silla de campaña.) Estírate; pon así los pies. Estate quieta. No tienes ganas de hablar, ¿eh? Nos haremos compañía mutuamente. (Se sienta á escribir. Pausa.)

IRENE ¿Qué haces?

JUAN Acabando una cosa urgente.

IRENE ¿Trabajas de noche también?

JUAN Hace falta. (Pausa.) Nena...

IRENE Papá.

JUAN Cuando entraste antes, ¿por qué no contestaste cuando yo pregunté quién era?

IRENE No te oí. (Pausa.) Haces mal en trabajar de noche. Te carga Máximo demasiado trabajo.

JUAN No.

IRENE Ya se lo diré yo.

JUAN — Esto no es para Máximo. Me has cogido *infraganti* y debo confesar... Es un extraordinario... Veía que no bastaba el sueldo y he encontrado...

IRENE — ¡Oh!

JUAN — Pero poca cosa. Desde hace mes y medio. No todas las noches, ¿sabes? Y hoy acabo... Esta noche es la última. Estoy copiando el índice. Por eso estoy aquí... Las otras noches me he quedado arriba. (Irene se levanta y se acerca á su padre con las manos cruzadas.) ¿Qué tienes?

IRENE — Perdóname.

JUAN — ¿De qué? ¿Qué te debo perdonar? (Riendo.) ¿Esta poca fatiga?

IRENE — No, no es eso. ¡Perdóname!

JUAN — ¡Qué ojos, hija mía! Te brillan como antes. Ven aquí. ¿Por qué me pides perdón? ¿Qué me has hecho? ¿Dónde ibas? ¿Por qué no contestaste cuando te llamé? Me oiste... Dos veces pregunté... ¿Has dicho que temías encontrarte con Tommy? ¿Qué es lo que hay en tu cuarto que no quieres que yo vea? (Se levanta.)

IRENE — Papá, no...

JUAN — Quédate ahí. No te muevas. (Coge la lámpara. Al pasar da una vuelta á la llave de la puerta de ingreso y entra rápido en el cuarto de Irene que permanece en pie, rígida, junto á la mesa. Juan vuelve á salir con una carta en la mano.) Una carta para mí. (Deja la lámpara sobre la mesa.)

IRENE — (Con indecible angustia.) ¡No la leas!

JUAN — No es preciso. (Tira la carta sobre la mesa.) Tú no eres una vagabunda. No huías para irte por ahí... Huías... para... (Pausa.) ¿Tú? ¡Tú! ¡Mi Nena! ¿Has podido imaginar... acoger esa idea monstruosa? Has atravesado esta habitación, me has visto; habrías salido de esta casa en donde yo me quedaba y... Y mañana yo habría recorrido el mundo gritando como un loco, buscando á mi hija y... luego te hubieran traído aquí... me hubiesen llamado... te habría visto... ¡ahí!... ¡Sin vida! ¡Mi Nena! ¡Mi Nena de mi alma! (Pausa larga.)

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? Debo saberlo... ¡quiero saber lo que ha pasado!... ¡Morir! ¡Tú! ¡Ah! ¿Qué te he hecho yo? ¿Qué te han hecho los demás? ¿Qué cosas que yo ignoro pasan en esta casa?

IRENE Estaba loca... estaba loca... no me preguntes... estaba loca...

JUAN Dímelo... para que yo lo sepa... ¿Es Tommy?

IRENE También Tommy está perdido. Se casa con una mala mujer. La debe dinero. Máximo te explicará... Yo no lo sé... Me lo ha dicho hoy.

JUAN ¿Dónde está?

IRENE Allí... no sé; sólo sé que está perdido sin remedio... (Juan permanece sombrío y consternado.) ¡Y yo te dejaba cuando más necesidad tenías de ayuda y de consuelo! ¡Cuando estás más sólo! Y no pensaba en tí, mientras tú piensas siempre en nosotros, viviendo sólo para el sacrificio...

JUAN (Continuando una idea en voz alta.) ...Caen y ruedan... dispersas, barridas por el viento.

IRENE Y pensaba mal de tí, juzgándote peor... ¡Oh, ven, ven aquí! Vuelve en tí. Ven conmigo, óyeme, confiésame. Es preciso que tú sepas lo que he pensado de tí. El daño que me hacían los demás era más violento, pero lo que de tí pensaba me mordía en lo profundo, en lo más delicado de mi alma... ¡Creía que no hacías aun bastante por nosotros! ¿Comprendes? ¿Comprendes? ¿No me oyes? ¿Pero no oyes lo que estoy diciendo?

JUA. Sí, hija mía. Oigo. Tenías razón; no he cumplido mis deberes para con vosotros. Ahora sí. Antes no. Ahora no puedo hacer otra cosa, ni más... ¡Y veía venir los acontecimientos. ¡Oh, cuántas veces! Pero soy impotente para más... Antes, en Milán, sí pude, ¡y no lo hice! Creí que bastaba con enriqueceros...

IRENE ¡Si tú supieras lo que significas para mí! ¡Qué en alto te veo! ¡Qué reposo, qué seguridad tengo al sentir tu protección vigilante! ¿Por qué no se habla nunca de estas cosas?

¿Por qué no nos lo hemos de confiar todo los unos á los otros? Todos nos reservamos algo de lo más íntimo .. ¿Por qué?... ¡Es tan bueno abrir de par en par el alma! Ningún dolor, ninguna alegría, podrán contrarrestar jamás la dulce embriaguez que me domina en este instante... contigo, junto á tí, conociéndote y adorándote... ¡Padre mío! ¿me perdonas?

JUAN ¡Hija, hija mía! Te perdono y te bendigo. (Cogiéndola la cabeza entre las manos, la oprime contra su pecho y la besa en la frente. Luego se separa. Pasea. Se acerca a la ventana y mira lejos.) ¡Qué hermosa noche! Ven aquí. ¿No tienes frío?

IRENE No.

JUAN Has dicho un «no», como cuando eras pequeñita...; largo, largo, con tantas vocales... Nooo... Has cambiado muy poco... Me parece ver... (Se interrumpe para mirar atento. Continuando.) tu cara redondita... Estás más delgada... ¡Eras tan preciosa!...

IRENE No digas eso.

JUAN En la calle, la gente se paraba para... (Vuelve á mirar.)

IRENE ¿Qué tienes? Es la segunda vez que te interrumpes... ¿Qué miras?

JUAN Me había parecido ver un hombre allí bajo la arboleda... Me habré engañado... la luna quizá. .

IRENE (Mirando.) Sí; hay alguien.

JUAN ¿Le ves?

IRENE Ahora está quieto... [illegible] sombra... No... (Mirando; con melancolía.) No... No...

JUAN ¿Lo dices con pena?... ¿Con pena de que no haya nadie? ¿qué creías?

IRENE Yo... ¿qué? nada...

JUAN ¿Creíste que fuese Tommy?

IRENE No... Nadie

JUAN ¿No volverás á tener malos pensamientos?

IRENE No. No. Nunca.

JUAN ¿No pensarás más en abandonarme?... es decir... Algún día, cuando te cases, tendremos que separarnos. Hay que esperarlo... Yo creí...

IRENE (Cogiéndole brusca por el brazo.) ¡Ahí está!... junto á esos rosales... para oirnos... ¿Le ves?

JUAN ¿Dónde?

IRENE Ahí enfrente... Mira su sombra. Ahora se le ve bien... (Con exaltación. Con júbilo infinito.) ¡Se había quedado! ¡Velaba por mí! ¡Me había comprendido!

JUAN ¿Qué dices? ¿Quién es?

IRENE ¿Quieres que le llame? (Sacando el cuerpo por la ventana con acento de felicidad.) ¡Máximo! ¡Máximo! ¡Ven! (Telón rápido.)



FIN DE LA COMEDIA

D. JEREZ